

140. *Mano a Mano*, Domingo Pozzi.
 141. *La primera novia*, Alfredo Bufano.
 142. *Matilde*, J. M. de la Serna.
 143 y 144. *Soledad*, Bartolomé Mitre.
 145. *Flor de Marjal*, Bernardo Eschiar.
 146. *La Hora Trágica*, Adrián Mantrant.
 147. *Puerzas ciegas*, Lola S. B. de Bourguet.
 148. *Un drama en las sierras*, César Sida.
 149. *El bien querer*, Oscar Beltrán.
 150. *Un hombre como tantos*, Héctor Wall.
 151. *Un idilio en Honfleur*, Alejandro Sax.
 152 al 156. *Amar después de la muerte*, E. Cesa ciencia.
 157. *El crimen de la Calle Grafton*, Bartolomé Gallindez.
 158 y 159. *Mercado de honras*, Santos J. Moyano.
 160. *De aventura en aventura*, E. M. S. Danero.
 161. *Tragedia oculta*, Cipriano Tomillo.
 162. *La visión del ensueño*, Alejandro R. Cánepa.
 163 al 169. *Maria*, Jorge Isaacs.
 170. *La Resucitada*, Luis de Caro.
 171. *Un gran amor*, M. Esther Devetich.
 172. *Una extraña aventura*, Alfredo R. Bufano.
 173 al 189. *El amor vencido*, Hugo West.
 182. *La mano de Dios*, J. J. de Sosa Reilly.
 183. *Abismo de Venganzas*, María Amira Goyena.
 184. *La novia del mar*, Alejandro R. Cánepa.
 185. *La fiata de ojos celestes*, B. González Arrill.
 186. *La maldita culpa*, Antonio Zozaya.
 187. *Tentación*, Oscar R. Beltrán.
 188 al 191. *Sin Madre*, Hugo Conway.
 192. *Idilio glorioso*, Gustavo Chaves.
 193. *Sendero de Tormentos*, Oscar Manlio.
 194. *En Holocausto de su amor*, Godofredo Cesa.
 195. *El secreto del ahorcado*, Carlos Dickens.
 196. *De casa aventurera*, E. M. S. Danero.
 197 al 201. *La Suprema Ilusión*, Carlota Bracamé.
 202. *El misterio del capuchón azul*, R. Aliaga Sarmiento.
 203 al 20. *El Suplicio de un padre*, E. Cesa ciencia.
 208. *Amnesia*, Amado Nervo.
 212. *La pequeña Anisika*, A. R. Bufano.
 209 al 211. *Confusión*, Hugo Conway.

LA SEGUNDA PARTE DE "EL AMOR VENCIDO"

Comunicamos a nuestro público la próxima aparición de este libro. Por razones editoriales, no aparecerá con el título antes anunciado, "El Amor Invencible"; se titulará:

"EL VENGADOR"

El poderoso drama esbozado en "El Amor Vencido", adquiere en "El Vengador" un interés sobrehumano. Un viento trágico anima los episodios, relatado en ese estilo inconfundible de Hugo West, que ha hecho escuela, pero que permanece inimitable.

EN BREVE APARECERA

El interesante libro del conocido novelista Alejandro Rómulo Cánepa, titulado;

"NIDOS DE ANTAÑO"

Florilegio de las mejores novelas de este autor
 ARTE, MORAL Y EMOCION

"Los Oberlé" o "El Ultimo Sacrificio"

por RENE BAZIN

Esta hermosa obra publicará "La Novela del Día" los días:
 21, 22, 24, 25 y 27 de Abril.

AMOR SUBLIME

por

LUIS BARRANTES MOLINA

SEXTA PARTE



--Yo deseara morir en una noche igual a esta, como Baltasar en su festín -- dijo Agripa, que, según su costumbre, comenzaba a marearse con sus frecuentes libaciones.

--¿Quién habla de morir ahora? -- dijo Cipro, extrañamente pálida y agitada, simulando una sonrisa que resultaba fúnebre en su rostro sombrío.

--Nadie -- contestó Diomedes. -- Aquí sólo se mueren exangües los pellejos de vino.

--Beban y dejen de hablar -- ordenó Cipro, y mientras decía esas palabras se levantó pálida como un cirio y llenando de vino la copa de Berenice, hundió, como al descuido, en el mismo recipiente, la extremidad de su abanico, que poco antes había impregnado Quema de un líquido terriblemente venenoso.

La joven hebrea apuró el tósigo sin notar por el momento ningún malestar. ¿Cómo no tembló el brazo de la homicida al perpetrar su crimen? La seguridad con que realizaba aquel acto, la sonrisa con que acariciaba a su cuñada, el aplomo con que observaba a los comensales, acusaban en ella una falta absoluta de escrúpulos morales, como si estuviera habituada a practicar el crimen. Esa era, sin embargo, la primera vez que manchaba su conciencia con aquel género de culpas que claramente condenaba la ley mosaica. Sabía, pues, que cometía una acción abominable, cuya sola idea la crispó de horror la primera vez que se esbozó en su mente. Pero esa idea de la posibilidad del crimen, siendo ella su autora, fué poco a

poco perdiendo su repulsión instintiva a medida que permanecía en el cerebro, hasta convertirse en deseo tenaz y en resolución precisa. Al mismo tiempo su conciencia se enturbiaba bajo la influencia de su pasión senil, la cual unida a la de los desesperados celos, mantenía su alma en ese estado de delirio en que la voluntad es capaz de todas las abominaciones.

Mientras ella esperaba los resultados de su acto perverso, los convidados guardaron repentinamente silencio para escuchar al tocador de flauta, admirable artista griego, que con un simple instrumento de caña imitó el zumbido de los insectos, la ebriedad melodiosa del ruiseñor, y hasta el ulular de las fieras y el crepitar del incendio. Después de este acto artístico los convidados menudearon las libaciones de vino, y se volvieron agresivos en sus bromas torpes, que celebraban con la risa bronca y estúpida de los borrachos.

--Por cierto -- dijo Diomedes señalando a Artemio, -- este hombre no es hombre, pues tiene facha de un macho cabrío.

--Más vale parecer un cabro -- contestó el corintio -- que ser afeminado como tú.

--La civilización afemina a los hombres -- replicó Diomedes sin turbarse. -- Todo pueblo culto es un pueblo mujer.

--No es la civilización, es el vicio el que afemina, -- observó Hioroteo.

--Pero sin vicio no hay placer y sin placer la vida es insoportable.

LECTORES:

Habíamos resuelto publicar esta hermosa novela en seis partes, pero en vista del éxito alcanzado, y para no perjudicar la obra con cortes y mutilaciones que destruirían su valor y quitarían interés a la acción, hemos resuelto añadir una parte más, que irá con doble número de páginas que los números ordinarios.

—¡Muy cierto! — exclamó Agripa. — Yo prefiero morir de placer que de hastío.

—¿Otra vez hablando de muerte? — dijo Cipro con desagrado; — no parece sino que estuviéramos en unos funerales. Digan algo que haga reír.

—Es verdad — asintió Agripa enfadado por la tristeza de los semblantes. — Vacíad las ánforas.

Y todos se refugiaron en la embriaguez. Las conversaciones se volvían incoherentes y cónicas y las miradas de las mujeres se ponían lánguidas.

De pronto palideció Berenice, volcó los ojos, se retorció convulsionada, y se desplomó en el suelo. Instintivamente se precipitaron sobre ella Agripa y Ben-Gioras, locos de inquietud, mientras que Cipro se puso a temblar con la respiración penosa, el semblante lívido y el temor en los ojos.

—¡Oh, dioses! — exclamó Atenandro alzando las manos. — ¿Qué ha sucedido a esta mujer?

—¿Hay algún médico aquí? — preguntó Agripa.

Hioroteo, que sabía de todo, inclinóse sobre el cuerpo exánime de la joven, y se puso a palparla y auscultarla, mientras todas las miradas se clavaban sobre él.

—¡Está muerta! — declaró el filósofo.

—¡Muerta! — repitieron los convidados ebrios y sin embargo aterrados ante el rostro difunto que dos minutos antes sonreía lleno de vida. El frío y egoísta corazón de Ben-Gioras tuvo un momento de piedad hacia aquella doncella, de facciones tan delicadas que tantas veces se tiñeron de púrpura en su presencia al influjo del amor. Volvía a verla, como minutos antes en el jardín, tan tierna, tan dócil, tan enamorada de él.

Todos exhalaban tristes exclamaciones; solamente Cipro callaba con aspecto de aturdimiento; pero repuesta, después de la primera emoción, al ver que nadie sospechaba de ella, recobró su aplomo y formuló algunas frases de pesar. Sus exclamaciones fueron tan espontáneas que el mismo Ben-Gioras vacilaba por momentos en sus juicios temerarios. ¡Ah! si ella había sido, como él lo sospechaba, la autora del crimen, era una hábil comedianta. El cadáver fué transportado desde la sala a una pequeña cámara de tocador, donde Hioroteo, a solas con Cipro, siguió estudiando el cuerpo. El filósofo tuvo dos sorpresas. Primero, encontró el tatuaje de una hoja de trébol en el muslo de Berenice; y luego, descubrió en su boca unas manchas amarillentas que le hicieron exclamar:

—Mirad estas manchas, señora; ellas prueban que Berenice ha sido envenenada.

—¡Envenenada! ¡No puede ser! ¡No digáis eso! — exclamó Cipro con el semblante descompuesto, la voz trémula y una súbita lividez en el rostro.

Al verla tan alterada, Hioroteo concibió la sospecha de que ella no era extraña a aquel envenenamiento. Con la reflexión rápida del hombre inteligente, consideró que tratándose de un delito cometido por poderosos, era más prudente ocultar su descubrimiento para evitarse dificultades. En ese silencio demostró que realmente merecía el nombre de filósofo.

—Pero no — agregó, — estaba yo equivocado; estas manchas deben ser efecto de indigestión.

—¡Ah, gracias! — dijo Cipro. — ¡Qué susto me has dado! si resultara cierto que Berenice ha sido envenenada, se sospecharía de todos los convidados y tendríamos la molestia y el escándalo de un proceso.

—Tienes razón, he dicho un disparate. Como no ejerzo la medicina, no tengo la prudencia que recomienda Hipócrates a los galenos.

Cuando Agripa y Diomedes entraron al recinto, Hioroteo habló de otros asuntos, ocultando su diagnóstico y sus sospechas en lo más profundo de su pecho.

La noticia de la muerte circuló rápidamente por el palacio, dispersando a los convidados. Solamente Hioroteo, Diomedes, Ascassem y Artemio durmieron allí consolando a Agripa y preparando los funerales. A Hioroteo, que conocía la canalla afortunada y sin escrúpulos que entonces gobernaba el mundo y monopolizaba la fortuna, no le parecía inverosímil que Cipro hubiera sido la envenenadora de su cuñada. El sabía que toda la burguesía estaba entonces llena de esas criaturas de artificio, depravadas por los excesos, que todo lo subordinaban al placer y que vivían por encima de las leyes, y más allá de la naturaleza y de la moral.

Ninguna sospecha abrigó Agripa del envenenamiento de su hermana, pero Ben-Gioras cuando se retiró a su estancia, se abandonó a sus sombrías conjeturas. “¡Maldición! — se dijo a sí mismo. — Después de Efraim se va Berenice; cuando alcanzo la riqueza, pierdo a los que me aman. Y es tal vez esa vieja Cipro la que me deshace todos mis planes, porque ella es capaz de haber envenenado a Berenice. Ya no podré ser el yerno de Agripa. ¡Oh, cómo la odio! Y aun tendré que soportarla. No me conviene dejarle ver que sospecho de ella. Aun tengo que explotar su amor senil. ¡Ah, ya sólo me quedas tú, amable desconocida que curaste mi desmayo en el camino del Cedrón! Desde hoy tú sola reinas en mi alma,

y pronto iré a buscarte en tu bella patria, ¡oh, fresca flor de Palestina!"

En efecto, todas las facultades afectivas del aventurero se acumularon desde entonces en el dulce recuerdo de Elisabeth.

CAPITULO XXXV

Aunque Agripa era un carácter frívolo, porque su corazón estaba bastante insensibilizado por los excesos, había conservado verdadera ternura para su hermana, en cuya dulce compañía viviera desde la infancia. Así fué que al día siguiente, contempló con trasportes de sincera amargura la faz rígida de Berenice, maldiciendo aquella fiesta trágica en que ella fué envenenada. Entonces notó la fría indiferencia de Cipro, y su alejamiento del cadáver. Parecía que ella temiera estar a solas con la que fué su única compañera en sus largos viajes por Roma, Jerusalem y Antioquía. Con extraño apresuramiento dispuso Cipro los funerales privados de la muerta, según el uso antioqueño, pero sin depositar miel y pan en el sarcófago y sin alquilar las mujeres planificadoras que lloraban a tres óbolos por hora. Agripa sospechaba que Ben-Gioras amaba a Berenice y que esparaba el momento de poseer dignidades y riquezas que le permitieran solicitar su mano; a lo cual habría accedido él de buena gana, pues consideraba preferible tener a Ben-Gioras como aliado que como adversario. La muerte trágica de la joven no le habría sugerido ninguna sospecha, si la casualidad no le hubiera revelado los indicios de que su hermana había sido envenenada. En la preparación apresurada del crimen, Quema y Cipro, al agitar el tósigo dejaron caer al suelo unas gotas del líquido venenoso, el cual fué visto y examinado por Agripa a quien Ben-Gioras, en otro tiempo, le había facilitado la misma droga, preparada por Quema a solicitud de su amo. Ese descubrimiento llenó de perplejidades a Agripa. ¿Qué interés podía tener Ben-Gioras en envenenar a su hermana? Guardó absolutamente silencio sobre su hallazgo y sus sospechas, y se dispuso a observar al aventurero en su próximo viaje a Roma. La víspera de partir Ben-Gioras tuvo una rápida entrevista a solas con la esposa de Agripa. Ella le esperaba con febril impaciencia, turbada aun por el espanto de su crimen. Ben-Gioras la detestaba ahora más que nunca; y evitaba encontrarse con ella, tanto por las vagas sospechas que tenía respecto de la muerte de Berenice, como porque con la pérdida de esta dulce joven él se sentía sin energía para seguir simulando una pasión por la vieja, que se le ha-

cia cada vez más ridícula y odiosa. Entonces, con sorpresa advirtió él que había amado a Berenice; pero no con el ardor pasional que le inspiraba Elisabeth sino con una simpatía dulce y tranquila. Este extraño sentimiento en aquel hombre egoísta se lo habría podido explicar Efraim, atribuyéndolo al vínculo fraternal que, según sospechaba aquel mozo, debía unir a la extinta joven con el jefe de los bandoleros. Esa creencia, habría podido ser confirmada como fundada en la verdad por el reciente descubrimiento de Hioroteo, que había visto en el cadáver de Berenice una hoja de trébol en la misma parte en que la tenían Agripa y el bandido. Ahora, por necesidad de suplir la amistad de Berenice, Ben-Gioras pensaba con más frecuencia que nunca en Elisabeth. Recordaba conmovido la gracia con que ella se había acercado, toda ruborosa y tímida, a ofrecerle su socorro en el camino del Cedrón, la espontánea piedad con que le había dado a beber vino aromático y la generosidad con que se desprendió de sus horricos para que él cargara su tesoro. ¡Pobre Elisabeth! Ignoraba ella que con su caridad con Ben-Gioras había contribuido a facilitar el robo de las joyas sagradas, por cuya desaparición había de sufrir su padre. Como lo temía y sospechaba su abuelo, ella estaba profundamente enamorada del bandido. Habíalo admirado primero, vestido de príncipe, en el palacio de Caifás, y después simpatizó con él en aquel barranco donde lo halló postrado; pero la amonestación de Anás, que le había prohibido amar, la había inducido entonces a ocultar su nombre al joven. Al presente, en la soledad de Sebaste, ella lo recordaba sin cesar y repetía las palabras que él le dijera: "Cuando una mujer, a la hora nona, le da de beber a un soldado, es señal de que lo acepta por esposo". Sí, por cierto; ella lo aceptaba con toda su alma; pero no así su malhumorado y egoísta abuelo. Cipro, que ignoraba todo eso, creíase ahora dueña del campo para retener el corazón del afortunado aventurero, por lo cual le invitó a una cita, la víspera de partir él para Roma.

—¿Por qué tardas tanto en venir, amigo mío? ¿Por qué estás tan serio? — le dijo ella al recibirlo.

—¿Y cómo no he de estarlo habiendo muerto nuestra amiga? — contestó el joven.

—A mí también me aflige recordarla.

—Ha sido la suya una muerte misteriosa, — declaró Ben-Gioras clavando en la homocida su mirada escrutadora.

—Sí; pero ¿para qué hablar de lo que no tiene remedio? Déjame que te bese; pensemos en nuestro amor. ¡Qué hermoso estás!

—No seas imprudente. No estoy ahora para esas cosas.

—¡Ah, no seas tan cruel! Siquiera esta vez, antes de irte. Sé condescendiente. Dejemos palpitar de amor nuestros corazones.

—Eso sí; pero nada de besos. Sé razonable.

—¿Es acaso razonable el verdadero amor? ¡Ah, tú no sabrás nunca cuánto te amo! Deseo echarme a tus pies, besar tus sandalias. Quisiera que me abofetearas.

—Ahora no. ¿No ves que Agripa sospecha nuestras relaciones?

—Y ¿qué me importa él? Ya sabes que yo no lo amo.

—Pero a mí sí me importa. Si él descubre nuestro trato íntimo, me quitará su amistad, que necesito para surgir; porque aunque ahora soy rico, no soy noble. Así es que, por mi bien, abstente de esas demostraciones.

—¡Bueno! sólo por ti hago ese sacrificio. Ya ves si te amo; ¡Ah, si supieras lo que yo hago por complacerte; si vieras lo que sufro por tu amor; por ti sería capaz de violar todas las leyes, de convertirme en monstruo; y en cambio, tú, qué poco me recompensas!

—Déjate de sensiblerías — dijo el joven advirtiéndole la confesión que se le había escapado a Cipro — y oye lo que te digo: no me escribas cartas.

—¡Oh, cómo me voy a fastidiar en su ausencia! ¡Qué largos me van a parecer esos dos meses de ausencia! Dile a Agripa que me lleve.

—No; debes quedarte cuidando el palacio, piensa en lo que vamos a hacer; cuando volvamos, tú serás la esposa de un rey.

—Es verdad; a ti te lo debemos. Pero si yo soy reina, tú serás rey; pues todo lo mío es tuyo.

—Adiós, pues, hasta mi regreso, y cuida bien de esta casa; ya sabes que me cuesta un millón de dracmas.

Los dos criminales se separaron quedando defraudadas las esperanzas amorosas de Cipro. Fue necesario quedarse sola, en aquella inmensa morada que le recordaba la imagen de Berenice. Desde que quedó sola Cipro procuró aturdirse haciendo los preparativos para el viaje a Jerusalem, a donde partirían tan luego como regresaran de Roma su esposo y el bandido; pero a pesar de eso, su alma, que no podía dejar de ser religiosa por ser hebrea, se turbaba con la idea de su culpabilidad. Desde que se convirtió en homicida, la abandonó la ceguera moral que enturbiaba su conciencia bajo el influjo del amor y comenzaron a torturarla los temores y remordimientos. En

el silencio lóbrego de sus noches solitarias veía el cadáver amoratado de su cuñada, con sus labios apretados y sus ojos en blanco. Entonces, oleadas de espanto rodaban friamente sobre su alma. Por la mañana se levantaba livida, extenuada por el insomnio. Y su vejez se acentuaba espantosamente a despecho de sus afeites y revoques.

Entre tanto, Agripa y Ben-Gioras cruzaban el mar, con rumbo a Roma, cargados de oro y de riquísimas piedras, con las cuales esperaban comprar el trono de Jerusalem. Durante ese trayecto el príncipe fué observando a Ben-Gioras, contra quien abrigaba una indecisa sospecha de que hubiera sido él quien envenenó a Berenice. Esa conjetura la fundaba en que el aventurero una vez le había proporcionado un veneno semejante al que observó el príncipe en las gotas derramadas en el tocador de Cipro; pero Ben-Gioras le declaró entonces que aquel tósigo, que en una ocasión le facilitara, lo había preparado Quema. Como este asiático, los acompañaba en aquel viaje, Agripa pudo observarlo, y después de sagaces preguntas, llegó a convencerse de que él había tenido entrevistas secretas con Cipro y de que Ben-Gioras era extraño al envenenamiento. Sospechó entonces la verdad; esto es, que Cipro, por celos del bandido, había eliminado a Berenice. Esperó, pues, regresar a Antioquía para investigar las pruebas de su hipótesis. Entre tanto se ocupaba activamente en el objeto de su viaje; pero fué necesario esperar aun dos años antes de obtener el cetro de Jerusalem. A pesar de la recomendación de su prima Agripina, fué necesario comprar el voto de algunos padres conscriptos y en ese soborno se invirtió el valor de varias joyas sagradas.

CAPITULO XXXVI

La noche en que murió Berenice, Hioroteo, Artemio, Diomedes y Atenandro durmieron en la casa de Ben-Gioras, en que se hospedaba Agripa con su familia, y sólo por la mañana siguiente se dirigieron aquellos a su morada. El opulento sirio y su amigo el filósofo iban haciendo comentarios sobre aquella triste vida de los magnates, sobre aquel banquete melancólico que terminaba en muerte, y sobre las siniestras pasiones que habían inspirado el crimen, cuando bruscamente, llegó a sus oídos el eco dulcísimo de un canto colectivo. Eran notas plácidas y solemnes, en que vibraba el amor y la esperanza. Se acercaron a una alta casa de donde brotaba aquel torrente de armonía y reconocieron a los cristianos en la dulzura de sus semblantes y en el entusiasmo que fulguraba en sus ojos. En efecto, eran ellos que ese día, por ser domingo, se reunían

en asamblea para asistir a la fractura del pan (la comunión) y para escuchar a Saulo.

—Vámonos a casa; son los cristianos — dijo Hioroteo disponiéndose a proseguir el camino.

—¿Cómo? ¿No tienes interés en escucharlos? — preguntó Diomedes sorprendido.

—No.

—Sin embargo, antes me invitabas tanto a sus reuniones.

—Y ahora también; sólo que yo no quiero oírlos.

—¡Ah! Al fin te has convencido de que haces mal en visitar a esas gentes taciturnas y malignas. Hace tiempo no te veo en casa. Espero que ahora me acompañarás en los juegos.

—¡Taciturnas y malignas! — exclamó el filósofo. — ¡Qué equivocado estás! Sabe que la alegría, la bondad y el entusiasmo que faltan en vuestras saturnales y orgías, se han refugiado en las iglesias de los galileos.

—Si es tan agradable estar allí, ¿cómo es que te disgusta oírlos?

—Si no me disgusta.

—Acabas de decir que no quieres oírlos.

—Es por temor de que me conquisten.

—¡Ah, ya ves! Si tan buenos son, ¿por qué los temes?

—Porque... porque... para estar con ellos debo renunciar a ciertas costumbres... Figúrate que para ser cristiano tendríamos que tener amores con una sola mujer y ésta esposa por toda la vida; tendríamos que dejar nuestros placeres voluptuosos, despedirnos de todas las diversiones de Siria, de los baños públicos, de los lupanares, del pugilato, del garito, del hipódromo, de las orgías.

—¡Qué horror! — exclamó Diomedes. — Entonces no temamos ir a escucharlos. Una religión que impone tales deberes no nos conquistará nunca, aunque la prediquen los dioses. Pero mira, van a entrar Artemio y Ascassem; ya ves, ellos son menos cobardes que tú.

—Es cierto; vamos también nosotros.

En efecto, ambos se dirigieron al recinto de la asamblea cristiana; pero Rubrio, que hacía de portero, sólo dejó entrar a Hioroteo, a quien conocía. Artemio y Ascassem, al ver al romano, se quedaron escondidos detrás de la puerta, desde donde podían ver a Eutiques sentado en el alfeizar de la ventana. Diomedes se retiró a su casa. Hioroteo vio a Aíde cerca del apóstol. Una inmensa multitud llenaba la amplia sala, iluminada con lámparas; porque aun era muy temprano. Había terminado la comunión y ya Saulo ocupaba la tribuna. Cuando el filósofo

entró se había levantado un murmullo de protestas.

—Callad — les decía Saulo con la mano extendida. — No os enojéis así, tened paz; sabed que hay hambre en Jerusalem y tendremos que enviar una parte de nuestras limosnas.

—Las limosnas las necesitamos aquí — gritó una voz.

—Si; y lo sé — dijo Saulo — también aquí tenemos que hacer mucho por los pobres, por los huérfanos, por los ancianos, por los expósitos. Hay que ensanchar nuestra pequeña casa a fin de que sirva de refugio a todos los indigentes; mientras haya entre nosotros miserias, nuestro cristianismo será una palabra vana.

—¡Muy bien! — aprobaron unos mendigos — ¡que no haya pobres!

—¡Justo! — gritó un rentista — que no los haya en Antioquía; pero si vamos a socorrer a los pobres de Jerusalem, nos quedaremos nosotros en la miseria. Eso no puede ser. Que se arreglen ellos y no nos quiten el pan.

—Eso es; abajo los judíos — gritó un muchacho.

—No os enojéis por eso — dijo Saulo, — cada uno dará lo que puede y el que nada puede dar dará su oración, que vale más que todo; no os importe que los socorridos sean extranjeros; esa odiosa palabra no existe entre nosotros; ya no hay diferencia entre griego y romano, bárbaro o civilizado, pues todos somos hermanos.

—¡Cuánto disparate! — le dijo Ascassem a Artemio, detrás de la puerta donde estaban.

—El demonio del viejo, y con qué gracia habla, — observó el corintio.

—Pronto se llamará para siempre — dijo el levita con siniestra voz;—mira, Eutiques está ya en su puesto.

El apóstol siguió perorando durante una hora.

Sentado en la ventana esperaba Eutiques que le dieran la señal de matar a Saulo. Con ese fin tenía puesta la mano sobre la palanca que abría la compuerta del depósito de piedras. La operación se había ensayado y su efecto se consideraba infalible para el fin homicida que se buscaba. Una puerta secreta le serviría a Eutiques para ponerse en salvo. Entre tanto Ascassem y Artemio, puestos de acuerdo, se agrupaban en la puerta a fin de obstruir el paso. Una paloma que Ascassem arrojaría a la asamblea era la señal convenida para que Eutiques dejara caer las piedras. Así es que él estaba en expectativa mientras que Saulo peroraba; pero ya sea porque el mozo se encontraba asaz fatigado, o porque la viva luz

de las lámparas le provocaran invencible sueño, o por que lo adorneciera la palabra del apóstol, ocurrió que se durmió profundamente. Cuando Ascassem soltó la paloma, el animal revoloteó hacia la ventana y le dió a Eutiques un aletazo en la cara. El joven despertó bruscamente con un movimiento rápido que le hizo perder el equilibrio y fué causa de que cayera al suelo desde el tercer piso. Todas las miradas quedaron atónitas y varios gritos de espanto llenaron el recinto. Ascassem y Artemio, que lo vieron caer, huyeron de aquel sitio. Los espectadores más próximos se lanzaron a recoger el cuerpo del infortunado Eutiques que yacía inanimado a dos metros del apóstol. Como Hioroteo sabía medicina, examinó el cuerpo y exclamó:

—Tiene fracturado el cráneo y se lo han triturado los huesos. Ved cómo se mueve.

Y al sacudir el cadáver se oyó un ruido lúgubre y seco como de avellanas que chocaran dentro de un saco.

Saulo se había callado y sin inmutarse ni moverse contemplaba serenamente aquella escena. Todas las miradas estaban fijadas en él, como interrogándole si sacaban el cadáver o esperaban que él terminara su discurso. El apóstol se dirigió en silencio hacia el cuerpo inerte, se inclinó sobre él y lo abrazó. Entonces, como si recibiera una corriente eléctrica, Eutiques se desprendió vivo de los brazos del apóstol. Miró en torno suyo como asombrado y luego con el rostro bañado en lágrimas se dirigió a un rincón en medio de la estupefacción del público. Saulo, sin cuidarse más del asunto, volvió a su tribuna y prosiguió su discurso. Eutiques, sumergido en la contemplación de su propia maldad, sollozaba en la sombra. En aquel momento se despertaba bruscamente su conciencia.

—¡Desgraciado de mí! — se decía. — ¿Qué he hecho? ¿Qué intenté hacer? Iba a matar al apóstol y a los convertidos. Iba a atentar contra mis únicos bienhechores. ¡Ingrato; cobarde; traidor! Y todavía ellos en vez de vengarse me devuelven milagrosamente la vida. ¡Oh, maldad de mi corazón!

Y el joven se espantaba de sus mismos actos; porque su índole era pacífica y agradecida. Del ardor de su pasión únicamente, de la fiebre del deseo, de las sordas sugestiones de la lascivia, había nacido aquel designio de servir al criminal propósito de Artemio. Por eso mientras habló el apóstol, Eutiques se deshacía en sollozos de contrición y derramaba cálidas lágrimas sin preocuparse de que llamaba la atención. Cuando Saulo terminó de hablar vió a sus pies, de rodillas, a Eutiques y a Hioroteo, a quienes administró el bautismo. Al levantarse el

filósofo y su criado, el pueblo estalló en clamores de entusiasmo. Pero Saulo les ordenó que callaran, que no divulgaran lo que habían visto y que se fueran a sus moradas. Todos regresaron pensativos, dispersándose inmediatamente por ocultos senderos. Ascassem y Artemio, que se habían detenido en la puerta, vieron caer a Eutiques y creyéndole muerto, dieron por fracasado su complot contra Saulo y se retiraron molinos a su casa. Entre tanto, iban llegando judaizantes a quienes el levita les refería la mala suerte de Eutiques, al que sospechaba convertido en cadáver. Después de caminar un rato, Artemio, excitado por la curiosidad abandonó a Ascassem y se dirigió solo a la sala en que había predicado el apóstol.

—¡Qué lástima que haya muerto Eutiques! — se iba diciendo. — Mejor sería dejar el plan de matar a Saulo, que es peligroso. No estoy ya interesado en servir a Caifás. Prefiero consagrarme sólo a Ben-Giomas. Ese sí que es generoso. Con él he encontrado la fortuna. Heme aquí, amigo de Agripa, futuro rey de Jerusalem. ¿Quién lo creería? Yo, pobre vendedor de miel, he comido anoche con la aristocracia siria. Para convencerme de que yo soy yo, necesito palparme mi túnica de seda y mi cinturón repleto de cilindros de oro. Solamente por complacer a ese misterioso ricacho que me ha tomado a su servicio es que serviré todavía, al avaro Caifás.

Entretenido con tan dulces esperanzas, llegó el venal, elástico, cínico y servil Artemio al sitio a donde se dirigía. Allí encontró un numeroso grupo de judaizantes que hablaban acaloradamente. Estaban irritados porque esperaban asistir a la muerte de Saulo y supieron que estaba en salvo.

—Se ha escapado y se escanará mil veces — decía un anciano. — Creedme, ese enano es más hábil que todos los judíos.

Creyó Artemio que estaba ante un grupo de cristianos fieles y se puso a elogiar a Saulo, para fomentar el cisma.

—Ya lo creo que es más hábil — dijo — ningún apóstol le llega al tobillo. Por eso es una injusticia que él no sea el Jefe Supremo de los cristianos. El posee la ciencia de Atenas, él habla varias lenguas, él es un viajero infatigable, él anda con las manos llenas de limosnas; él es el paño de lágrimas de los pobres.

Tales elogios produjeron una sorda efervescencia en aquellos enemigos del apóstol, que estallaron en gritos y vociferaciones.

—Sin duda tú eres uno de esos pobres que él enriquece con el oro de Antioquía — gritó un sirio espectador que hacía causa común con los judaizantes porque fabricaba ídolos que Saulo combatía.

—Vete a hacer gárgaras — gritó un bromista tirándole del manto.

—Si yo no soy su partidario — declaró Artemio todo acongojado.

Pero no le creyeron.

—¡Largo de aquí, cangrejo! — dijo uno — Hoy hacemos morcilla con tu cráneo, — vociferó otro.

Y así llovieron los insultos, para vengar en Artemio la cólera que sentían contra el apóstol por haberseles escapado. Artemio se llevó la mano a la cabeza y lanzó tímidas miradas. ¿Qué podía hacer él contra todos? Los mismos partidarios de Saulo se habían unido a los judaizantes para insultarlo. Viéndose perdido, rompió a correr más ligero que el viento, atropellando a los niños que encontraba a su paso. Entonces, excitados por su fuga, se lanzaron detrás de él. El infeliz vagabundo, con el pelo erizado, azorados los ojos, bañado en sudor, corría sin ver el camino y no sabiendo dónde refugiarse, se metió en un pantano erizado de juncos. Como el pueblo estaba excitado y necesitaba una víctima, le lanzó desde la orilla una granizada de piedras, una de las cuales se le sepultó en las costillas, dejándolo herido y loco de angustia. El pobre viejo caminó un largo trecho, con el agua putrefacta hasta la cintura. A medida que avanzaba era mayor la profundidad de aquella ciénaga y no se atrevía a retroceder porque oía los alaridos del populacho. Su paso producía bruscos estremecimientos y pavorosos rumores. Eran millares de sapos y venenosos reptiles que allí vivían en repugnante promiscuidad. Por fin respiró con fuertes resoplidos, al encontrar una gran piedra, en la que se sentó a descansar. De pronto sintió agitarse el agua bajo sus pies. Era una inofensiva tortuga.

—¡Diablo! — exclamó; — temí que fuera una víbora. No he visto aquí ninguna pero las he oído silhar. Y ahora, ¿qué será de mí? Si me quedo, me muerdo picado de serpientes; si salgo, me mata el populacho. ¡Oh, maldición! Morir ahora, cuando la fortuna me sonríe; ahora, cuando puedo hundir el brazo hasta los codos en el tesoro de Ben-Gioras.

Artemio se calló asustado al oír el ruido siniestro que emergía de aquella agua oscura, palpitante y fétida.

—No, no — dijo reponiéndose, — debo intentar algo para salvarme; diré que no soy cristiano, y en efecto no lo soy; soy un espía, pero ¿me creerán? ¿Y podré atravesar otra vez ese horrible pantano? ¡Oh, dioses! ¡Oh, Caronte! ¡Oh, Parcas! La noche se viene encima. Pero ¿acaso hay dioses? quizá sólo sea Dios ese Jesús que Saulo

predica, ese Jesús que yo calumnié, ese Jesús que hoy tal vez me castiga.

La tarde se llenaba súbitamente de sombras y mil rumores sordos, vagos, monótonos, intermitentes y horribles emergían de la laguna. Resuelto a salir de allí aunque lo maltratara el populacho, Artemio hundió el pie buscando el fondo; pero no lo halló. Entonces advirtió con terror que el agua había crecido. Volvió a subir a la piedra y se puso a gemir. Con los pelos de punto y la angustia en el alma sintió la lúgubre ascensión de aquellas negras aguas, que lentamente fueron trepando sobre su cuerpo hasta que lo cubrieron para siempre.

CAPITULO XXXVII

Entre tanto crecían las angustias y los terrores de Caifás, a quien llenaba de inquietud el nuevo gobernador romano que había substituído a Pilatos. Todas sus falsas esperanzas de encontrar las joyas robadas se habían desvanecido. Tan pronto seguía una pista como iba en pos de otra, recibiendo en todas sus exploraciones el mismo desengaño. Levantábase hosco, pálido, enfurecido contra su suegro, echándole a él la culpa de haberlo envuelto en su intriga contra el Nazareno y de haberle después aconsejado el desgraciado secuestro de las joyas. Le venían violentos deseos de irlo a visitar a Sebaste y anunciarle su desgracia, para que participara de ella. Desde que descubrió el robo, su pensamiento fué ir a pedirle consejo, pero el temor de que tan siniestra noticia hiciera daño al viejo en su debilidad, lo había hecho desistir. Mas ahora no le tendría compasión, y en cierto modo con fines de venganza se disponía a visitarlo. Hacía tiempo se sentía humillado ante la superioridad de carácter y de inteligencia de su suegro que se había burlado de sus terrores y que aun postrado en el lecho lo dominaba con su enérgica voluntad. Dirigióse, pues, una tarde, en su onagro, hacia la soledad de Sebaste, donde Anás, a pesar de tener cinco hijos, sacerdotes, vivía solitario, a causa del temor supersticioso que inspiraba su dolencia. Otra vez los ojos del Pontífice se recrearon ante aquel panorama agreste. En aquel dulce retiro era donde vivía su hija Elisabeth como una paloma que tuviera su nido en una montaña inaccesible. Aspiró el viento fresco, impregnado de efluvios y tendió su mirada por el amplio horizonte sólo cortado a trechos por las líneas verdes de los olivos y los oscuros campos de sésamo. Cuando se acercó a la casa de Anás un alegre grito resonó en la huerta lanzado por Elisabeth, que regaba varias plantas medicinales y alimenticias. Ya no era ella la sencilla adolescente que unos meses antes se divertía en la soledad surcando

el trémulo oleaje de las yerbas silvestres o dejándose resbalar sobre la húmeda felpa de las pendientes. Su poética imaginación se había empobrecido; pues ya no veía sonreír, como antes, a las flores en el límpido brillo de sus pétalos ni escuchaba la canción del agua cuando hundía su rubia cabeza en el claro manantial. En vez de esos antiguos recreos, ahora sólo se entretenía en cerrar los ojos esforzándose por reproducir la imagen querida del joven que una vez hallara postrado en el camino del Cedrón. Ese recuerdo hacía palpar su pecho con una emoción compleja de dulzura y de angustia. Al oír la voz de Caifás, se desprendió de sus gratas ensañaciones y acudió corriendo a donde la llamaban.

—¡Oh, padre! ¿estás enfermo? — exclamó ella fijándose en el semblante pálido y ojeroso del Pontífice.

Sin contestarle entró éste a la estancia del paralítico. Este pacífico personaje estaba menos pálido que su yerno, pero aparecía inmóvil y rígido como una masa de carne inanimada. A pesar de los prolijos cuidados de su nieta el terrible tósigo que le había dado Quema realizaba en el organismo del viejo su tenebroso y sordo trabajo de putrefacción. Reconcentrado, desabrido, adusto, con la mirada lúgubre y el cuerpo y el alma llenos de costras, yacía sobre el lecho semejante a un moribundo bilingüe, en que la vida se hubiera refugiado únicamente en los ojos. Lo que lo mantenía iritado, sobre todo, sin que jamás hablara de ello, por impedirse su exorbitante orgullo, es que ninguno de sus cinco hijos, sacerdotes, lo visitaran, aunque le enviaban cuantiosos recursos, para sus medicinas y subsistencia. El despecho que eso le causaba no lograba atenuar la dulzura y abnegación de su nieta. Cuando su yerno le refirió el robo de la joya, dudó de su veracidad, atribuyéndolo a una invención urdida con el designio de sacarle dinero; pero era tal la palidez y la demacración del rostro de Caifás, y había tanta desolación en su acento, que acabó por creer en la sinceridad de sus palabras. Entonces, una contracción de cólera crispó el rostro lívido de Anás.

—¡Agripa es un canalla! — vociferó. — He ahí lo que sacamos con fiarnos de los extraños. Pero quizá no sea él. ¿Has interrogado a tus criados?

—Naturalmente.

—¿Usando de los azotes?

—Y de las dádivas; todo lo he ensayado, sin obtener un rayo de luz.

—Y ¿qué deseas de mí?

—¡Qué pregunta! Que me saques de este atolladero; que me guíes y me ayudes como has hecho siempre.

—¡Oh! Ya no es lo mismo que antes; demasiado he hecho por ti cuando podía; ahora estoy inválido y quieres que siga haciéndolo todo yo. Eso no es posible; arreglate tú solo; ya bastante daño me haces con venirme a contar semejantes historias.

—¿Así es que nada me aconsejas? — interrogó su yerno.

—Nada.

—Eso es muy poco; mi situación es tan grave.

—Y ¿qué quieres que haga? ¿Tengo yo la culpa de que seas torpe? No queda más remedio que esperar los sucesos y entre tanto enviar espías para que observen a Agripa a ver si exhibe las joyas sagradas.

—Eso es lo que he pensado.

—No pierdas de vista a los demás criados y procura descubrir al que se decía enviado de Agripa; quizá sea él solo el ladrón.

—Mis criados no lo vieron ni pueden reconocerlo.

—Pues búscalo tú; disfrazate y recorre las calles.

—Eso es peligroso.

—No tienes otro remedio; por tu torpeza estás a ciegas y atado de pies y manos; porque no te conviene dar escándalo, ni dar lugar a que se sospeche del robo antes de que tengas algún indicio del ladrón.

—Justamente; eso lo veo bien claro; pero para disfrazarme yo y enviar espías a Antioquia, necesito gastar mucho dinero; y yo estoy escaso; al menos, ya que no me das consejos eficaces, ayúdame a salir del apuro dándome algunos denarios.

—Eso sí que no — replicó el viejo avaro. — Yo estoy inválido; tú siquiera puedes huir con tus propios pies; considera que por ser yo tu suegro, pueden también seguirme proceso. ¡Ya ves, imbécil, lo que has hecho con tus imprudencias!

—Si he sido imprudente, tú también tienes la culpa; porque yo seguí tus consejos. — dijo sordamente Caifás ofendido.

—¿Mis consejos? — preguntó Anás con los labios temblorosos de cólera.

—Sí, sí; tú me aconsejaste que complaciera a Agripa secuestrando las joyas.

—Porque me diste datos falsos. ¿Qué sé yo si es Agripa quien te escribió?

—De eso estoy seguro; he visto su letra. Además, si algo nos sucede es por tu conducta de otras veces.

—No sé a qué te refieres.

—A tus sentencias injustas.

—No recuerdo ninguna.

—Bien sabes a la que aludo. ¿Persistes en creer que fué justa la condenación a muerte de Jesús Nazareno?

Anás se quedó mirándolo con sorpresa y

contestó con aplomo:

—Sí; ¿pero qué tiene que ver eso con el robo?

—Es que eso fué una injusticia que les sirve a los cristianos para su propaganda.

—¿Cómo te atreves a sostener eso? — dijo Anás montando en cólera.

—Sí; y lo repito; estoy harto de mentiras — dijo el yerno con airada exaltación.

—Mentirás tú, ~~que~~ no yo. Yo lo condené con justicia.

—¿Quieres que te diga la verdad? Tú eres el único culpable. Yo nunca quise condenarlo; pero tú me obligaste.

—¡Miserable! ¿Creías, entonces, que era Dios? — preguntó el viejo con la voz alterada.

—Yo no digo eso; no sé lo que era; sólo digo que el proceso fué ilegal.

—¿Ilegal? ¿por qué? — preguntó el suegro, con gran vehemencia.

—Porque lo acusamos por sedicioso, por rebelde, por pretendiente a la corona; y todo eso sabes bien que era falso.

—¡Tú te has vuelto loco! ¿No recuerdas que él dijo que era rey?

—Es cierto; pero agregé que su reino no era de este mundo. Tú bien comprendes que un rey de esa especie no puede ser un rival del César.

—El tuvo la culpa; ¿por qué no contestó con claridad como debe hacerlo un acusado? El quiso burlarse del tribunal. ¿No recuerdas que desde el primer interrogatorio yo le pregunté sobre sus enseñanzas y él contestó que preguntara a quienes lo habían oído?

—¿Y qué?

—Eso era eludir la respuesta y ofender mi dignidad.

—Por lo cual fué abofeteado; pero tú no reparas que lo habías hecho traer preso, a media noche, entre soldados, como un delincuente prófugo o rebelde, siendo así que él venía voluntariamente. Fíjate que eso era ya una ilegalidad; porque la ley prohíbe instruir de noche los asuntos judiciales y juzgar en vísperas de Pascua.

—Fué un olvido involuntario.

—Yo te lo advertí bien a tiempo.

—Mientes — dijo el enfermo, y sus ojos se volvieron duros como pedazos de metal.

—¿Yo miento? — preguntó Caifás con la cara encendida.

—Sí, tú.

Iba a contestar una brutal injuria el Pontífice, cuando resonaron los pasos de Elisabeth y se contuvo. Entró la doncella, y tendió en la mesa un mantel, arrojando sobre los dos sacerdotes una mirada de temor y de curiosidad. Había oído al llegar, las últimas palabras, y ellas la confirmaban en

sus sospechas. ¿Qué ilegalidad habían cometido sus parientes? ¿Por qué falta se echaban mutuamente la culpa? ¿Por qué se ocultaban en aquella soledad como temerosos de que los vieran las gentes? Los dos cómplices continuaron callados y Elisabeth volvió a sus habitaciones interiores, con un peso que le oprimía el corazón. Desde su infancia había crecido alimentando en su pecho el respeto y la admiración por su padre y abuelo, quienes respectivamente habían llevado la excelsa dignidad del Pontificado. El prestigio de semejante cargo le había sugerido la creencia de que sus dos parientes eran rectos y casi impecables, como intérpretes y depositarios que eran de la Ley Moral promulgada por Jehová en la cumbre flamígera del Sinai. Y ahora, la cruel sospecha se insinuaba en el alma cándida de la niña como un puñal envenenado que para siempre debía turbar su tranquilidad. Su destino era sufrir en sí misma como hostia inocente la expiación de las culpas de su abuelo y de su padre.

Sosegado Caifás con la interrupción motivada por la aparición de Elisabeth, cuando ella hubo salido del recinto, dijo:

—Supongamos que te olvidarás; pero el hecho de condenarlo a muerte en el primer juicio, sin esperar una segunda votación, ¿no era otra ilegalidad?

—La gravedad del caso lo exigía, para evitar un mal mayor.

—Esas son argucias y pretextos que no están previstos por la ley; por consiguiente, no son válidos. Pero la mayor incorrección fué fundar el proceso en la declaración de testigos falsos.

—Fuiste tú quien sobornó a Rubrio y a Artemio para que declararan falsamente contra el Profeta.

—Sí, pero por orden tuya, contra mi voluntad; porque tú has abusado siempre de tu autoridad. Por eso no insistí advirtiéndote las ilegalidades. Bien advertía yo que no era lícito dictar sentencia capital el día que comparecía el acusado, ni condenarlo *a priori* antes de toda audiencia de testigos, y sin escuchar la defensa del procesado.

—Tú hablas como un imbécil que has sido siempre — replicó el viejo con la boca llena de saliva. — ¿No adviertes, mentecato, que todo eso era inútil desde que el Profeta se condenó a sí mismo declarando que era hijo de Dios? ¿No es eso una blasfemia? ¿Y no está la blasfemia condenada por la Ley con pena de muerte?...

—Mas si existía ese delito ¿qué necesidad había de testigos falsos ni de acusarlo por enemigo del César, sin serlo? ¿Te parece que eso era correcto.

— Hombre; no diré que todo fué correcto; pero para la tranquilidad de mi conciencia me basta saber que cometió una tremenda blasfemia.

— Es que quizá no era blasfemo.

— ¿Qué quieres decir?

— Que pudo haber sido el Mesías.

— Vete; eres una bestia — dijo Anás mordiendo nerviosamente los labios. Luego se irguió y dijo con acento duro:

— ¿Por qué lo crees?

— Porque somos misteriosamente castigados todos los culpables de su muerte.

— ¿Quién otro ha sido castigado?

— Pilatos; su ruina ha sido obra de un misterioso vengador del Profeta; mira la carta que recibió en su destierro.

Y al hablar así, Caifás mostró el papiro que el criado de Pilatos le trajo de Roma, por encargo del mismo gobernador depuesto. Anás leyó el pergamino y permaneció en silencio algunos minutos, mientras sus ojos arrojaban relámpagos.

— ¿Qué infame trama se ha urdido para perdernos? — exclamó.

— Mira ahora el anónimo que yo encontré — dijo Caifás extendiendo un trozo de papiro. — Anás leyó estas fatídicas palabras: "Hace seis años hicistes morir en la cruz a tres acusados que no merecían la muerte. Pilatos y Anás fueron tus cómplices. Al gobernador, ya lo tengo destituido y desterrado en las Galias. A Anás lo tengo clavado en la cruz de su vergonzosa enfermedad, y ahora te toca a ti". Anás al oír esta terrible carta, no pronunció una palabra, porque el pánico lo hizo entrar en delirio. Un frío glacial bañó su frente. De pronto le pareció ver una inmensa cruz girando en torno suyo, de la que salía una sangre luminosa que caía sobre su cuerpo y lo abrasaba.

— ¡Tal vez era Dios! — dijo con una voz sorda. Luego mirando el espacio exclamó.

— Sí; era El.

Sus ojos, salieron de sus órbitas; dió un grito y cayó desplomado. Estaba muerto.

Caifás y su hija regresaron dos días después a Jerusalem.

CAPITULO XXXVIII

Cipro, en la soledad del palacio de Ben-Gioras, que habitaba en Antioquía, vivía atormentada, esperando el retardado regreso del aventurero, que permanecía en Roma, junto con Agripa. La adúltera pensaba con angustia en la declaración que hizo Hioroteo la noche en que examinó el cadáver de Berenice, manifestando su creencia de que había sido envenenada. Varias veces se preguntaba si la rectificación que hizo el filósofo de su diagnóstico era sincera o simulada. Esas conjeturas, que torturaban

su alma, le impedían dormir y otras veces le causaban fatídicas pesadillas. Le daba espanto el rumor de los árboles y el murmullo del viento, que antes le complacían. Procuraba estar fuera del palacio todo el tiempo posible, haciendo vanos esfuerzos por distraerse con locas excursiones por la ciudad. Otras veces concurría a teatros, circos y palestras. Por la noche llegaba extenuada de fatiga, esperando dormir; pero daba vueltas en el lecho, perseguida siempre por la imagen de su cuñada, que como un fantasma implacable se le aparecía en sus tristes insomnios. En esas áridas vigiliadas, mil ideas penosas se le ocurrían. Recordaba la mirada escrutadora que le dirigió Hioroteo cuando examinaba el cadáver de Berenice. ¿Por qué la miró él tan fijamente? Sin duda pensaba ella — con su maldita ciencia aquel sabio importuno conoció que la muerta había sido envenenada y con su perspicacia de filósofo había descubierto que ella era la autora del crimen. Esta idea indujo a Cipro a llamar un día a Hioroteo a su morada. Allí exploró el pensamiento del ateniense y procuró conquistarse su simpatía ofreciéndole cuantiosos regalos, que él se empeñó en rehusar. Como él sabía que Berenice había sido envenenada, las extrañas dádivas y larguezas de Cipro lo confirmaron en sus sospechas. Por eso procuró alejarse cuanto antes de aquella suntuosa morada, en que se asilaba el vicio y el crimen, que él tanto detestaba desde que había recibido el bautismo, en la milagrosa resurrección de Eutiques. Respondió con evasivas a las proposiciones de Cipro y ante ella se manifestó impenetrable y discreto, como un verdadero filósofo. Oyendo aquella miserable criatura él evocaba, por la ley del contraste, la dulce y tranquila imagen de Aídee, tan delicada en su conciencia, tan pura en su vida, tan elevada en sus pensamientos. Recordaba la dignidad y la paz de las mujeres cristianas que vivían dichosas en su pobreza, mientras que la poderosa Cipro, inquilina del mejor palacio, y futura reina de Jerusalem, sufría aislada y solitaria los remordimientos de un crimen.

— Evidentemente — se dijo él al regresar — ella es la envenenadora, porque los temores se ven en sus ojos.

Y aquel hombre inofensivo, cuya vida entera se resumía en el pensamiento siguió caminando con su aspecto de filósofo; el aire distraído, la mirada vaga, el manto descuidado, el andar lento arqueando y frunciendo las cejas para rubricar su perpetuo monólogo interior. Y según su costumbre de quedarse inmóvil durante horas enteras en cualquier sitio, al llegar a los jardines de los Pórticos se detuvo y desde allí contempló

las tres mil estatuas que producían la impresión de una ciudad encantada. Allí, entre macetas de bronce egipcio, se erguían en su desnudez impasible las prodigiosas esculturas traídas de Atenas. Eran obras de Fidias, de Praxiteles y de Lisipo, a las que el sol violento de Siria daba un baño de oro fluido, que parecía animarlas con una vida hermosa, impúdica y serena. Formidable armada de seducciones inmóviles cuya graciosa actitud, perpetuamente suspensa era un irresistible alegato en favor del pecado; porque lo presentaba envuelto en la luz de la belleza y despojado de la turbación de la conciencia. Ellas habían marchitado desde niño el pudor de Hioroteo. Ellas habían despertado su curiosidad de ver los cuerpos vivos desnudos. Ellas lo habían inducido a despreciar el ser humano, admirando exclusivamente su animalidad corpórea, que es la caduca cárcel del alma. Por el contrario, los cristianos ocultaban ese cuerpo, del que se avergonzaban porque tiene infames instintos; huían de la desnudez estatuaría y de la contemplación de su propia carne, y es así cómo purificaban su vida interior, impedían la entrada de las imágenes inmundas, mantenían el sentimiento divino del pudor y la inefable ternura, que sólo sienten los corazones puros. Y Hioroteo, doctor del Areópago ateniense, inteligencia preclara y nutrida, reconoció que hasta entonces había sido moralmente un imbécil. Y súbitamente cambiaron sus ideas sobre el arte y sobre toda representación de la belleza. Retiróse de allí resuelto a hacer pedazos una Venus de mármol que había comprado, diciéndose:

—El Ángel Maldito no puede haber ideado más hábil embuste para herir el sentido moral del hombre, que presentarle la fealdad del pecado bajo formas bellas.

Después de andar unos pasos, el filósofo se detuvo de nuevo ante la Agora, que era la gran plaza de las conferencias y disputas jurídicas y filosóficas. Y así como antes había visto el pecado envuelto en la fascinación de la belleza, allí lo encontraba defendido por la inteligencia razonadora. Bajo los anchos plátanos de aquella academia, retóricos griegos y declamadores sirios enseñaban con gestos dramáticos la filosofía del vientre y de la sensación. Hioroteo sentía asco y desprecio, indignación y piedad por aquel pueblo vano, frívolo, inteligente y curioso, ávido de razonamientos sutiles y de placeres brutales, tan complacido en el circo ante los gladiadores que bestialmente se estrangulaban como en la Agora, donde filósofos y poetas de pacotilla extrangulaban la verdad y la belleza. Entretenido con esas cavilaciones no advirtió Hioroteo que le salía al paso, el fatuo, holgazán, afemi-

nado y lánguido Diomedes; vestido, como siempre, con prolijo esmero; perfumado, bien ceñido, peinado teñido y reluciente; con el manto garbosamente terciado en los hombros de modo que podía lucir su túnica, constelada de piedras preciosas, especialmente las perlas rosadas y los rubíes de color violáceo, que le había vendido Ben-Gioras. Este figurín antiguo, detuvo al filósofo por el brazo, diciéndole:

—¡Hola! ¿Dónde te metes? ¿dónde te escondes? No parece que vivieras en mi casa.

—En efecto, me paso todo el día fuera.
—Pero, ¿dónde? Yo no te veo ni en el circo, ni en el hipódromo, ni en la Agora, ni en los baños.

—Voy a recibir lecciones de aquel mago judío que tú aborreces porque combate a los vagos y a los ricos inútiles.

—Pero ¿qué novedades puedes hallar entre esos ignorantes?

—Voy a aprender a amar, a ser casto y a ser humilde.

El asombro con que oyó esas declaraciones el frívolo Diomedes habría sido mayor si él hubiera podido apreciar la enorme ciencia del filósofo; porque este hombre extraordinario poseía todo el saber egipcio y griego, oriental y occidental. Desde que se convirtió al cristianismo, se hizo más profundo, recogido y absorto y produjo más intelectualmente. Desgraciadamente, se han perdido sus obras escritas en que se podría apreciar la amplitud de su ciencia, y la profundidad de su talento. Diomedes, que no podía ver en aquel amigo distraído al hombre superior, le dijo con la audacia de los tontos:

—Tú estás loco. Siempre creí que el exceso de estudio te iba a trastornar; pero no; no es el estudio, es esa hebra de ojos azules, la que te ha reblandecido el cerebro.

—Pues mira; en eso has acertado; pero no es solamente Aíde, sino también su doctrina, la que me atrae.

—Que te guste una judía lo creo; pero que tú, filósofo ateniense, admitas los disparates que predica Saulo, no lo puedo concebir.

—He examinado detenidamente esos disparates, y he visto que no son tales. Ideas extrañas, eso sí; pero no absurdas. ¿Qué es lo que predica, después de todo? Que los ídolos son embustes. Y eso lo admitimos todos. Que ellos fomentan y legitiman los vicios.

—Ya sabemos que nuestros mitos son creaciones y fábulas de los poetas; pero ~~que~~ contribuyen a sostener el orden social, mientras ~~que~~ Saulo quebranta ese orden con sus errores económicos.

—No veo donde está su error.

—Recuerda aquella frase que siempre repite. "El que no trabaja que no coma".

—¿Y qué?

—Eso significa que nadie puede percibir un fruto si antes no ha contribuido a producirlo y que el trabajo es la única fuente de la propiedad.

—Efectivamente, así parece y acaso tenga razón; pero advierte que los enfermos trabajan productivamente, con sus oraciones, y que Saulo se dirige solamente a los cristianos que forman una sola familia, una comunidad económica, un solo cuerpo por cuyos miembros están solidariamente unidos para la producción y el consumo.

—¿No me digas más! Estás enamorado, y basta; eso es todo. El amor hace prodigios; sólo así se explica tu metamorfosis. A la claridad tibia de estas noches de Antioquia no se puede estar en la quietud de los libros, consumiéndose en frías meditaciones filosóficas. Con este calor, las mujeres se ponen tan bellas...

—Pero la mujer que yo amo es muy distinta; y si no quieres disgustarme te prohibo que hagas tales suposiciones sobre ella.

—Bueno, hombre; no te alteres por eso. Y hablando de otra cosa, ¿que se ha hecho aquel criado, cara de lechuga que te servía? No lo veo ya en casa.

—Se ha ido con los cristianos. Precisamente a causa de un suceso que le ha ocurrido, es que yo he terminado por creer en la doctrina del orador judío.

—¿Pues qué ha ocurrido?

Hioroteo refirió prolijamente a Diomedes el milagro realizado por Saulo en la súbita resurrección de Eutiques. El sirio, intrigado, quiso oír de los mismos labios del joven griego ese relato y solicitó del filósofo que lo introdujera a la iglesia de los cristianos. Fué así cómo Diomedes tuvo oportunidad de ver aquella extraña agrupación de personas, tan distintas del vulgo antioqueño. Su alma afeminada se conmovió con los cánticos cristianos, llenos de poesía hebraica, en que se expresaban comunes tristezas e ingenuas alegrías. Cuando salió de allí, por primera vez se avergonzó de sí mismo, de sus largos cabellos rizados, de su piel perfumada, de su andar acompasado, y sobre todo, de su vida inútil y holgazana. Parecía que hubiera adquirido súbitamente la facultad de ver lo impuro, que antes no le repugnaba. Por eso consideró como insensatas y sucias las diversiones y costumbres mundanas de Antioquia, en medio de las cuales había vivido. Junto con Hioroteo, al pasar por la avenida de los Pórticos, se burló de los dioses. Se rió de los sátiros barbudos con sus pa-

tas de cabro y sus ojos lascivos. Y le dieron náuseas las bacantes que, tendidas en el suelo, dejaban alzar por el viento sus velos delgados, que flotaban como una bandera.

—Todas esas cosas me repugnan ahora, —le dijo a su amigo.

—Es claro. Comienzan a limpiarse tus ojos del polvo del vicio, que los cubría.

Tal era, en efecto, lo que les ocurría a todos los gentiles que vivían en la intimidad con los primitivos cristianos, tan distintos de los que existieron después. Al salir de allí advertían que las estatuas desnudas y las costumbres sirias de alegre apariencia exhalaban hábitos de sepulcro y ocultaban horribles indecencias como los fétidos reptiles que se esconden en los pantanos, bajo bordados de flores. Para que los ricos tuvieran esos excesos de placer era necesario que los pobres y esclavos tuvieran excesos de privaciones y de trabajo. Todo eso lo advirtió Diomedes y — lo que es más raro,

—repentinamente le dió la razón a Saulo, a quien antes odiaba por haberlo oído combatir la vagancia y la usura de los ricos. Y su alma débil, sensual, afeminada y frívola, aceptó los renunciamientos de la riqueza que aconseja el Evangelio y se dispuso a recibir el bautismo para cumplir las tonificantes austeridades de la vida cristiana. En cambio Artemio murió como pagano a pesar de tener fuertes sospechas de la divinidad del Profeta, a pesar del ejemplo que le diera Rubrio—atraído al cristianismo desde los más tenebrosos parajes de la culpa y reo de su mismo delito de falso testimonio — a pesar de haber vivido con los cristianos reconociendo sus costumbres virtuosas y los milagros de Saulo. Tampoco se convirtieron Anás ni Caiás, ni Cipri ni Ben-Gioras, ni Agripa, quizá porque eran judíos que estuvieron más cerca del Profeta para creer en El, mientras que Diomedes, educado y envuelto desde niño en los vicios paganos, flaco de voluntad y de inteligencia, oprimido por la lepra de la riqueza que él no había buscado, era menos culpable y más digno de la gracia de la conversión. Cuando los dos amigos entraron a su palacio, el rojo disco del sol se ocultaba envuelto en resplandores de incendio y en la calle hormigueaban los libertinos que iban en literas a comenzar la orgía nocturna del puerto.

CAPITULO XXXIX

En sustitución de Pilatos gobernaba interinamente a la Judea Vitelio, legado de Siria, quien residía generalmente en Antioquia. El pueblo, que odiaba a aquel gobernador, por su avaricia y su desprecio a los judíos, se regocijó con el cambio; pero Caiás se llenó de cruel incertidumbre. En la

situación crítica en que estaba él, toda alteración política podía serle funesta. Apresuróse, por eso, a conquistarse la amistad de Vitelio, enviándole a Antioquía valiosos regalos y adulaciones serviles, que fueron aceptadas con agrado. Como tenía Caifás que de un momento a otro pudiera ser descubierto el secuestro de los ornamentos, cayendo sobre él fundadas sospechas, procuraba de antemano ganarse el favor de la autoridad política. Entre tanto, vivía voluntariamente clausurado en su palacio, fingiéndose enfermo, a fin de tener pretexto para no concurrir a las solemnidades del templo. Esa clausura y sobre todo las penosas ansiedades e incertidumbres de su alma lo enflaquecían lamentablemente. Su voz se había vuelto sorda y su paso vacilante. Todo su ser perdía alguna cosa, y se llenaba de costras y de herrumbres en el cuerpo y en el alma; era el mohó de la vejez que le caía encima con todas sus fealdades y sus miserias. Toda la Sinagoga estaba furiosa contra él.

—Si está enfermo, que renuncie — exclamaba un levita paseándose con otro por los atrios del templo, — el servicio del culto no debe sufrir por la enfermedad de un hombre. El pueblo necesita espectáculos religiosos; de otro modo su fe se extinguirá.

—Es verdad, — asintió su interlocutor, — parece que ha caído una maldición sobre Jerusalem; ya el pueblo no se regocija con las fiestas sagradas, que son sus únicas diversiones. ¡Ojalá tuviéramos teatros, como los griegos!

—Y lo peor es que se va perdiendo la costumbre de ofrecer víctimas; y las entradas del templo disminuyen espantosamente. Y eso es lamentable. Hace diez años teníamos las despensas del templo abarrotadas de vino, de aceite, de harina; las cuadras estaban llenas de vacas blancas y corderos y palomas, que ofrecía el pueblo para los holocaustos y que nosotros consumíamos o vendíamos a buenos precios. Pero vino el pretendido Mesías que adoran los cristianos, y con la muerte tan atroz que le dieron, parece que adquirió más discípulos, y es por eso que disminuyen las ofrendas.

—Mal estuvo aquello, amigo; te lo confieso — manifestó el levita dando un hondo suspiro.

—Pero al fin, algún prestigio nos quedaba; aún reteníamos al pueblo con el atractivo de las fiestas a que estaba habituado; pero ¿ahora? Ni eso. Ya ves cómo están desiertas las despensas.

—Verdad es. Casi no tenemos funciones religiosas. Porque sin los ornamentos, ¿qué gracia tienen los actos litúrgicos?

—Ninguna.

—De ahí que andemos casi en la miseria los levitas; y todo por el empeño de ese maniático de Caifás, que ni se cura de su enfermedad, ni renuncia, ni nombra un delegado para que saque los ornamentos.

—Yo creo que no es tan zonzo como tú crees. El debe saber que el pueblo lo odia. Todos están enojadísimos por la falta de ceremonias, y sin embargo, él parece ignorarlo.

—No debe ignorarlo puesto que ~~les~~ hace grandes regalos a los sacerdotes.

—¡Ah! Por eso consienten su extraña conducta. Pues, entonces, a nosotros los levitas, nos toca poner remedio a esta situación, porque ellos, como son ricos no la sienten tanto como nosotros.

—¿Y qué debemos hacer?

—Exigir que se restablezca la liturgia como antes; si nosotros faltamos, no habrá música y desertarán del templo los pocos que asistan. Precisamente ahora que viene la fiesta de los ácidos, debemos aprovechar la ocasión.

—Hombre, buena idea.

—Comunicala tú a todos los levitas.

—Mañana lo sabrán todos.

Y en efecto, puso tal actividad en cumplir su promesa, que una semana después, el Sanedrín, obligado por los levitas, envió una carta a Caifás, escrita en pergamino. En ella le comunicaba lo que ocurría, aconsejándole hiciera un esfuerzo para asistir al templo o que, por lo menos, enviara las llaves de los armarios para sacar los ornamentos. Es fácil suponer la angustia en que tal notificación sumergió al Pontífice. Ocho días estuvo costando con evasivas a los requerimientos, cada vez más apremiantes del sanedrín, prometiendo que se presentaría pronto, él mismo, apenas recobrarla la salud. El infeliz quería alargar así el tiempo de espera, y calmar las impacencias de sus colegas, porque abrigaban la esperanza de que se presentara pronto Agripa, como rey de Jerusalem. Todas esas angustias de Caifás eran observadas por su inocente hija, que se afirmaba en sus sospechas de que su padre era culpable de un gran delito. La muerte súbita de Anás, ocurrida mientras disputaba a solas con Caifás, le había dado mucho que pensar a Elisabeth, provocando en su alma contradictorios sentimientos. Incapaz de rencor y educada en la ley de Moisés, que tanto ordena la veneración y el afecto a los progenitores, había sentido sinceramente la muerte de su abuelo a pesar de que él la mortificaba no sólo con sus sospechas y sus egoísmos, sino también con el horror de su enfermedad y con el

aliento insoportable que exhalaba. Ni la riqueza de aquel patriarca de la Iglesia judía, ni los honores de ese jefe de la burguesía hebrea, habían logrado ocultar la repugnante miseria de su enfermedad y de su muerte, en la cual había visto Elisabeth, por secreta intuición de su alma religiosa, un misterioso castigo. Por eso, a pesar de sus sentimientos filiales, ella se sintió aliviada con la muerte del horrible viejo y al mismo tiempo se regocijó pensando que ahora podía amar libremente al hermoso desconocido, a quien auxiliara en el camino del Cedrón; pues ya no existía la causa que antes le impedía pensar en el matrimonio. Mientras la prohibición de amar gravitó sobre ella como un deber filial, tuvo voluntad suficiente para reprimir su ternura y habría sido capaz de prolongar indefinidamente ese suplicio. Ahora, no podía, porque al cambiar las circunstancias, y creerse ella librada de tan penosa obligación, abrió la válvula de su corazón a la pasión contenida, que brotó entonces con mayor ímpetu, como sucede con los torrentes momentáneamente detenidos en su curso. Por eso, desde que vivía en Jerusalem, investigaba discretamente el paradero y el nombre de aquel amado incógnito, pero sus esfuerzos habían sido infructuosos. Esperaba, sin embargo, que el hazar los haría encontrarse, y entonces, — ¡ah, con qué delicioso júbilo lo pensaba! — ya no le ocultaría su nombre ni se negaría a escuchar sus lisonjas y palabras de amor. Al reflexionar en eso, sus ojos se entornaban con el ensueño, palpitaba acelerado su seno virginal e invadía todo su ser una voluptuosa dulzura. Empero, sobre sus dulces esperanzas se cernía, como una ligera nube, la inquietante actitud de su padre. Como ahora éste vivía con su hija en Jerusalem no podía sustraerse a su silenciosa observación. Ella había notado y comentado a solas sus extraños silencios, sus monólogos sombríos, su tenaz aislamiento y su constante tristeza. ¿Por qué no comía, ni dormía, ni rezaba, ni leía las Escrituras, ni visitaba el templo? En su voz y en su actitud notaba siempre un aire de espanto y de timidez. Por la noche advertía su vigilia y el nervioso ir y venir de sus pasos en la solitaria estancia. Una tarde comían juntos, recostados en el triclinio, estando Caifás sin apetito, con la mirada fija en la lejanía del Monte Sión, que se veía desde el marco ojival de la ventana. Elisabeth se atrevió entonces a explorar el ánimo de su padre.

—Tú no comes, padre mío. ¿No tienes apetito?

—No — contestó él desabridamente.

—Hace algún tiempo estás tan serio. ¿Qué

es lo que te preocupa? ¿Por qué estás inquieto y taciturno?

—Déjame tranquilo.

—Si sufres, padre, confíame tus inquietudes; yo no podré darte consejos; pero al menos te daré consuelos, y lloraremos juntos.

—No, no — exclamó el Pontífice palideciendo, — son cosas que debes ignorar; más tarde, seguramente, habrás de saberlo; pero ahora déjame tranquilo y no me preguntes absolutamente nada.

Diciendo eso se levantó el Pontífice y su hija no se atrevió a insistir más sobre el asunto.

CAPITULO XXXIX

Cuando Agripa hubo obtenido el nombramiento de rey de Jerusalem, regresó a Antioquía, en compañía de Ben-Gioras, con todo el lujo que exigía su nueva dignidad.

Entre tanto Cipro sufría la agonía de un alma en que clava su garra el remordimiento. A pesar del lujo que la rodeaba, todo lo veía triste y en los músculos de su rostro no volvió a florecer la sonrisa. Agripa la encontró envejecida, con un amargo pliegue en los labios y profundas arrugas que ya no lograba ocultar con sus pinturas. Apenas hubo él llegado de Roma llamó a la adúltera a su presencia con el designio de explorar los sentimientos de aquella mujer de la que siempre había vivido alejado, pues su matrimonio con ella obedecía a simples razones de cálculo financiero.

—¿Por qué has descuidado el palacio? — le preguntó con tono severo — los jardines están sin regar, el polvo cubre el pavimento, la servidumbre ha destrozado las alfombras. ¿Qué has estado haciendo?

—He sufrido crueles jaquecas que me han impedido moverme — contestó la adúltera.

—Sin embargo, me dicen los criados que te pasabas el día en excursiones y paseos.

—A veces, no lo niego, el dolor me desesperaba y me hacía caminar sin objeto — contestó la reina bajando sus ojos cobardes. Agripa notó el temblor de sus manos, el extraordinario brillo de sus ojos llenos de angustia y el tono enervado de sus voz. Luego, sin dejar de observarla le dijo el príncipe:

—Cipro, es necesario que me ayudes en un asunto delicado; tengo fundadas sospechas de que Berenice ha sido envenenada.

—¡Envenenada! — repitió la homicida con el rostro descompuesto. Sus ojos se abrieron desmesuradamente y sus piernas flaquearon, sus mejillas se pusieron lívidas y todo su ser demostró esa descomposición que produce el espanto en los criminales, cuando se sienten a la vez abrumados por el peso de las pruebas, y la acusación de su

conciencia. Agripa creyó que iba a oír la confesión que esperaba; pero se equivocó. Cipro, con la prodigiosa energía de voluntad que a veces despliegan las naturalezas desequilibradas, logró serenarse y contestó simulando sorpresa:

—¿Qué raro es lo que dices! ¿Por qué crees que ha sido envenenada?

—Porque se han encontrado en el pavimento de tu tocador unas gotas de un veneno mortal.

—¿En mi tocador! ¿Cómo puede ser eso? Yo no he visto nada.

—Los criados limpiaron el pavimento al día siguiente de morir Berenice. ¿No recuerdas haber visto introducirse a alguien en tu tocador esa noche?

—¿Yo? — contestó ella simulando serenidad. — ¡Si las he visto entrar a casi todas las damas invitadas! Recuerda que estaban a la disposición de todas las mujeres mis tinturas, pomadas y perfumes.

—¿Y no sospechas de nadie?

—¿De quién he de sospechar? Ni siquiera creo posible que tu hermana haya sido envenenada. Quizá lo que los criados han encontrado han sido gotas de los perfumes de Arabia que contienen venenos; pero eso no prueba nada.

—¿Me aconsejas, pues, que desista de toda averiguación?

—¿Yo?—dijo Cipro, mirando a su esposa con desconfianza, pero simulando a la vez indiferencia. — Yo nada te aconsejo. ¿Qué tengo yo que ver en ese asunto?

—¿Cómo! ¿No te importa que sean castigados los asesinos de tu cuñada?

—Te repito, no creo en un homicidio. Nadie podría tener interés en matar a Berenice. Su carácter dulce le impedía tener enemigos. Nosotros todos la amábamos.

Largo rato estuvo Agripa asediando con sus preguntas a su esposa, sin lograr que se comprometiera ni confesara. Advertió en ella la voluntad obstinada de negar su crimen y tuvo miedo de atacar de frente a una mujer capaz de tal energía para el mal; y que, además tenía poderosos parientes, a quienes no convenía contrariar. Por otra parte, temía provocar el escándalo, que podía serle funesto en aquellos días, en que iba a coronarse a Jerusalem. Por el momento, le bastaba haberse convencido, por la actitud de Cipro, de que ella era la culpable de la muerte de su hermana. Resolvió, pues, postergar su venganza para más adelante, y le dijo al terminar su diálogo:

—Bien. No quiero disputar; pero procura observar a los criados, y si sospechas de alguno, comunicámelo en seguida.

CAPITULO XL

Desde su regreso de Roma, Ben-Gioras había evitado las entrevistas íntimas que antes tenía con Cipro; porque una secreta intuición lo impulsaba a atribuir a la adúltera el envenenamiento de Berenice. Lo que más lo confirmaba en esa sospecha era la misteriosa desaparición del negro Quema apenas lo había interrogado sobre la muerte de esa joven. Seguramente ese asiático de las orillas del Ganges olfateó que sospechaban de él, y el temor a Ben-Gioras lo impulsó a huir. Su fiera de lobo y su lealtad de perro habían sido probablemente vencidas por sus celos contra Berenice, pues el oro de Cipro no podía sobornarlo. ¿De dónde vino y a dónde fué ese raro personaje? Nadie lo supo. Su alma lóbrega, su piel oscura, su vida tenebrosa, su silencioso caminar de serpiente, su hedor de fiera, su desaparición extraña, todo en él fué misterioso y perverso.

Ben-Gioras temía que Agripa lo creyera cómplice de Cipro; pero al mismo tiempo no creía prudente romper aun con ella, antes de ser nombrado jefe de las guardias reales de Jerusalem. Por eso evitaba los encuentros con la homicida; más un día, no le fué posible rehuir su conversación en el jardín.

—Al fin te veo solo — dijo ella asiéndole del brazo. — ¿Qué haces, amigo? ¿Cómo es que no me visitas?

—Suéltame; ¿no ves que Agripa anda por ahí? — contestó el aventurero, procurando desasirse.

—Alejémonos, pues, de aquí; sube a mi litera; vamos a hablar tras los follajes del bosque, — dijo la adúltera.

—No seas loca. El público observa. Todo el mundo sabe ya que eres reina de Palestina, y te sigue con curiosidad. Debemos ser más cautos y discretos en adelante. Es necesario que tú y Agripa vivais con gran recogimiento, como cumple a la majestad de los reyes.

—Tienes razón; pero no exageres; de lo contrario renegaría yo de un irono que me obliga a privarme de tu presencia. ¡Ay! después de lo que he hecho por conquistar tu aprecio...

—¿Qué has hecho?—preguntó Ben-Gioras, sintiendo renacer sus sospechas y mirándola de hito en hito con sus fulgurantes pupilas.

Ella leyó la suspicacia de aquella mirada y arrugó la frente, crispó las manos, apretó la boca y palideció intensamente; pero luego reaccionó. Con un prodigioso esfuerzo logró aparecer serena, sin dejar que palparan sus párpados ni que sus labios temblaran.

—¿Qué que he hecho por ti?—dijo ella— te he protegido.

—Ya lo sé. A ti y a Berenice les debo, en gran parte lo que soy. Y a propósito ¿sabes que se sospecha que tu cuñada fué envenenada?

—¿Quién lo sospecha?—preguntó la homicida con la mirada vaga y las facciones contraídas.

—Agrípa lo sospecha. En Roma comenzó a hacer averiguaciones, con el negro Quema que sabía preparar tósigos mortales.

—¿Y le sonsacó algo al negro?

—Absolutamente nada. Pero la conducta de Quema los indujo a sospechar que él envenenó a Berenice.

—¿Y por qué sospechan eso? — preguntó ella sintiendo un frío penetrante en los huesos.

—Porque desde que lo interrogamos sobre eso, desapareció de mi lado y no hemos vuelto a saber de él. Para proceder así es necesario que Quema sea autor o cómplice de un crimen que yo no le he mandado cometer y que me causó pena. El silencio que él guardó y su huída lo hacen sospechoso.

—Lo que dices es inverosímil—declaró audazmente Cipro.—¿Qué relación podía existir entre Berenice y Quema?

—Ninguna; pero el negro puede haber sido el instrumento de la venganza de otra persona.

—¡Por Abraham! ¿qué sospechas fantásticas! — exclamó Cipro tan inmutada, que apenas se podía tener en pie. Por eso, temiéndole delatarse y oprimida por los oscuros sobresaltos de su conciencia, se despidió apresuradamente, diciendo:

—Bueno; pues que temes venir conmigo, nos veremos otra vez. Salud.

—Probablemente ha de ser ella — se quedó diciendo Ben-Gioras mirándola alejarse.

—¿Lo sabrá él también? — se preguntó Cipro al retirarse. Luego se detuvo y pensó en la actitud con que le había hablado el aventurero, en el ceño de su frente y en la penetrante interrogación de sus ojos.

—¿Se lo habrá revelado el negro? — volvió a preguntarse. Y esa terrible conjetura la hizo estremecerse, causándole tal agonía que tuvo que sentarse sobre un banco del jardín para no caer desplomada.

Entre tanto, Ben-Gioras, que había salido a la calle, observó con sorpresa la multitud que se dirigía al puerto, y la curiosidad lo impulsó a seguir el mismo camino. A los pocos pasos encontró a Agrípa que llevaba el mismo rumbo.

—¿Has visto la calle?—le preguntó el aventurero.

—Sí; hay una animación extraordinaria ¿Qué es lo que pasa?

—Eso venía a preguntarte. ¿Quieres que vayamos al puerto? parece que allí se han dado cita los antioqueños.

—Vamos.

En efecto, una multitud extraordinaria se dirigía hacia las risueñas márgenes del Orontes. Era que Saulo se despedía esa mañana de sus amados antioqueños; porque iba a embarcarse para Jerusalem a fin de asistir al primer concilio cristiano que debía celebrarse en esa ciudad. En esa asamblea iba a ser juzgado el mismo apóstol, acusado por los judaizantes como incitador del cisma, impugnador de los principios económicos de la sociedad, conculcador de las leyes mosaicas y aspirante a la jefatura de la Iglesia cristiana. Así lo había anunciado el mismo apóstol a sus iglesias del Mediterráneo y del Egeo. Presentía él que no había de volver a radicarse en Antioquía, porque después de resolverse su causa en Jerusalem, había de partir para Grecia. Por eso, al salir de la ciudad interior, el apóstol miraba con melancolía la turbulenta población cosmopolita en que tanto había trabajado y que, sin embargo, dejaba infectada de vicios y supersticiones. Su delicada conciencia se oprimía al pensar que quizá no había realizado, por su negligencia, todo lo que creía que pudo y debió hacer. Obstruíanle el paso los enfermos, los miserables, los deformes a quienes él buscaba para consolar y socorrer con las limosnas que le remitían las iglesias o con el lucro de su trabajo. Por eso, sin dejarse envanecer por los aplausos y las aclamaciones de la multitud, al dirigirse al puerto, atestado de sórdidas tabernas y lupanares, iba diciéndose a sí mismo:

—¡Oh Dios mío! he aquí cómo hasta en los tugurios tiende el mal sus redes voluptuosas y oculta su ponzoña con seducciones de belleza.

Y el apóstol del trabajo veía allí, como Ezequiel en Babilonia, el reino de Satanás, y pensaba cuán difícil sería arrancar aquel pueblo de su degradación. ¿Cómo derribar el mal cuando se presenta disfrazado de luz, embellecido por el arte, glorificado por las leyes, divinizado por los mitos, amado por el pueblo, y defendido por la filosofía y la ciencia?

De improviso el apóstol fué distraído de sus meditaciones por una mano que se posaba suavemente sobre su hombro. Era Rubrio que lo había reconocido y se disponía a arrodillarse.

El lunes aparecerá la séptima y última parte

AMOR SUBLIME

por
LUIS BARRANTES MOLINA

SEPTIMA PARTE

—¡Oh, Rubrio!—dijo el apóstol levantándolo, — no te arrodilles. ¿Sabías, acaso, que hoy parto yo para Jerusalem?

—Ayer lo supe; por suerte, pues así he tenido tiempo de disponer mis negocios para acompañarte.

—¿Vienes conmigo?

—Sí, y también Aídee.

—¡Cristo sea bendito! Me alegro que venga. Vamos a ir todo un gentío, porque viene también Bernabé, y de paso encontraremos a Juan y a Santiago.

Al llegar al puerto, la inmensa multitud anónima de los esclavos, mendigos, proletarios y obreros que esperaban a Saulo estalló en aplausos cuando reconoció su pequeña, pero varonil silueta. Las damas serías, desde sus palanquines y literas lo saludaban con un gesto, aunque pocas admitían su doctrina. Ben-Gioras y Agripa, que habían llegado confundidos entre la multitud, se pararon cerca, haciendo comentarios en voz baja sobre aquel extraño personaje. Y por un momento el apóstol y el bandido se contemplaron en silencio, porque ambos se destacaban entre el gentío, el uno por su pequeñez y el otro por su hermosura. Eran dos potencias antagónicas, dos agitadores, dos conquistadores, dos hombres-símbolos, instrumentos el uno de la misericordia, y el otro de la venganza, nacido el uno para destruir y el otro para edificar, pero que concurrían juntos al mismo destino, bajo el influjo secreto de lo Inefable.

Sabemos, en efecto, por el historiador judío Flavio Josefo, que Ben-Gioras, dueño de una parte de Jerusalem, contribuyó con su resistencia a la destrucción de esa ciudad, efectuada por Tito, varios años después. Por

el momento, el gentío le formó círculo a Saulo, y llovieron sobre él los saludos las consultas, las quejas, las protestas de los cristianos y del populacho, que sin convertirse lo consideraba como un mago o ser superior, que le curaba sus dolencias y lo socorría con sus limosnas. Las ofrendas que le ofrecían al apóstol, y las cestas, llenas de granos, quesos, vinos y miel, fueron destinadas a los pobres de Antioquía. Saulo distribuyó también, gran cantidad de sextercios, óbolos, dracmas y monedas de oro, porque al convertirse Diomedes y Hioroteo, que eran ricos, dieron sus cuantiosos bienes a aquella iglesia. El apóstol lo dirigía todo sin esfuerzo, a veces con sólo un gesto, como un general acostumbrado a ser obedecido. Agripa y Ben-Gioras lo observaban con admiración y hacían en voz baja comentarios acerca de su persona. ¿Era posible dominar así un pueblo sin el poder, sin la riqueza, y hasta sin la belleza?

La multitud pidió con grandes clamores que hablara el apóstol, y como otras veces, improvisó una tribuna en un carro cualquiera y vio agitarse en torno suyo los más diversos tipos: el hebreo de tosca túnica, el egipcio de rizadas barbas y flotantes ropas, los etíopes de bronceadas piernas que cubrían a veces con su manto envolvente, los nubios que llevaban un simple delantal por único vestido, y los griegos, de blancuras de mármol y perfiles de estatua, y que parecían dioses, porque eran diestros en ocultar los defectos de la naturaleza. Como los cristianos habían depositado a los pies del apóstol un cúmulo de limosnas, habló sobre su procedencia y su inversión.

Los Oberlé o El Último Sacrificio

por RENE BAZIN

Está hermosa obra publicará "La Novela del Día" los días:

21, 22, 24, 25 y 27 de Abril

—Habéis visto — dijo, — cómo Diomedes y Hioroteo, dos hombres ricos de nacimiento, me han entregado sus legítimos bienes, para que sean distribuidos entre los más pobres de vosotros.

— ¡Cómo! — preguntó Agripa sorprendido, — ¿nuestros amigos Diomedes el rico y Hioroteo el filósofo se hacen cristianos?

— Así debe ser — contestó Ben-Gioras. — No hay otros ricos con ese nombre en Antioquía.

— ¿Y cómo te explicas ese cambio?

— Sencillamente, por contagio de locura. Diomedes tiene una inteligencia débil, y los filósofos, como Hioroteo carecen de sentido común. Uno y otro están dispuestos al contagio de esas turbas de esclavos dementes que acompañan a Saulo.

Tal fué la explicación que se dió entonces al fenómeno de la conversión de los ricos libertinos en pobres castos y penitentes. Los tratados de psicología no explican satisfactoriamente todavía esa súbita y radical trasmutación de los sentimientos y costumbres, intenciones y placeres. Misteriosa metamorfosis que invierte los valores de la vida, y que impulsa al que ha sido hasta entonces un sibarita consuetudinario a castigar su propio cuerpo, a declarar una guerra irreconciliable al placer, a poner trabas a su libertad, a buscar los atractivos del dolor, sintiendo en medio de los suplicios, de los azotes, o de las llamas, extraños deliquios de amor y gozos inflamados que nunca conoció en su vida de desenfreno.

El apóstol cortó el diálogo de los dos aventureros, diciendo:

— El acto que acabáis de presenciar os demuestra que formamos una sola familia. Cristiano es sinónimo de hermano. Unidos estamos no sólo en la solidaridad de la fe, no sólo en la oración, sino también en el trabajo y en el intercambio de servicios y de productos. Todo debe ser para todos, porque todos somos iguales. Por eso la esclavitud no es el ideal cristiano. Pero no quiero que se derribe de golpe la esclavitud por medios violentos. Poco a poco la iremos destruyendo y entretanto, que el esclavo procure ser libre y que el amo trate al esclavo como si fuera su hermano, porque todos formamos una comunidad.

— ¿Qué cosas tenemos comunes? — preguntó una voz.

— Ante todo, las gracias espirituales, — contestó Saulo, — pero esa comunión se extiende también al orden económico. De lo contrario, nuestra fraternidad es vana.

— ¡Muy bien! — gritó un mendigo, — si es cierto que somos hermanos debemos serlo también en el puchero.

— Eso no; — replicó un rico judaizante, — ¿por qué hemos de dar lo que hemos legítimamente adquirido?

— No basta, hijo mío, que la propiedad sea buena en su origen — le explicó el apóstol, — debe serlo también en sus fines. La propiedad y el trabajo deben ser comunes; pues tienen un carácter social. Necesario y justo es que los bienes y las fatigas se comuniquen mutuamente entre pobres y ricos, a fin de que las cargas sean iguales, porque es una iniquidad que todo el fardo del trabajo pese solamente sobre las espaldas del pobre. El que es rico no lo es para bien suyo ni para superfluidades y derroches, sino solamente para servir a los demás. Para servirlos, ¿ois?, y no para dominarlos. La riqueza no da supremacía intelectual ni social sobre los demás hombres. Dios ha condenado ese orgullo de la riqueza por la elección que ha hecho de sus discípulos, eligiéndolos entre los pobres.

Al oír esas lapidarias y austeras palabras, Ben-Gioras y Agripa se guiñaban los ojos, arqueaban las cejas y fruncían la nariz. Naturalmente, esos parásitos sociales, esos sibaritas estériles, esos intrigantes sin escrúpulos no podían aprobar al apóstol que glorificaba el trabajo manual y lanzaba su viril anatema contra los vagos, usureros y ladrones. Ellos formaban parte de la canalla aventurera y afortunada que a fuerza de asesinatos y dobleces gobernaba a los pueblos en aquella abominable época de la historia en que azotaba al mundo un huracán de crímenes y de lujuria.

— Maestro, — preguntó un oyente, — ¿entonces todos los ricos para ser cristianos deben hacerse pobres?

— Sería lo mejor; — contestó Saulo, — porque las riquezas son peligrosas para la salvación del alma. El que se hace rico cae en los lazos del demonio y se entrega a los vanos deseos que lo precipitan en el eterno abismo. ¿Lo digo yo esto porque se me antoja? ¡Oh, no! Es el mismo Espíritu Santo quien lo afirma por la boca de sus profetas: “Desgraciados de vosotros que unís los fundos a los fundos”, — dice Isaías. — “Desventurado el que multiplica sus rentas” — exclama Habacuc. — “Las riquezas son acechanzas con que Dios aplasta a los ricos, y lazos que el tiende a su perversidad” — dice David. — “Sea maldito el insolente lujo con que el rico insulta la miseria del pobre” — prorrumpie Amós. — “El que es rico no está sin pecado” — asegura El Eclesiastés. — “El que procura enriquecerse no guardará su inocencia” — anuncia el Libro de los Proverbios. — Y el Divino Profeta de Nazaret confirma esa misma doctrina diciendo: “Ay de vosotros, ricos; porque ya

tenéis vuestro consuelo; desventurados de vosotros los que estáis saciados". Y es por eso que El mismo nos enseña a orar pidiendo únicamente el pan "nuestro" de "cada día"; esto es el alimento colectivo y preciso para el sostenimiento diario de la vida, y no la riqueza individual, egoísta y superflua con que suele castigar a los que detesta.

—¿No puede, entonces, salvarse ningún rico? — insistió preguntando el mismo interesado.

—No digo eso, — contestó Saulo, — el que sin culpa suya es rico, por legítima herencia, y no quiere empobrecerse siguiendo el consejo del Evangelio, comete una temeridad conservando sus bienes; pero aunque sea trabajosamente puede salvarse y conquistar grandes méritos, con tal que viva con templanza y humildad, administrando sus riquezas con temor, para el bien de los pobres, y sin eximirse del trabajo. Porque ninguno puede vivir a título de renta del trabajo ajeno. Comer sin hacer nada, o haciendo bagatelas es defraudar al prójimo que suda en el trabajo.

—¿Qué tal? — dijo Agripa a Ben-Giomas.

—Es necesario que este hombre no permanezca en Jerusalem — contestó el interpelado. — Penétrate bien del sentido de su discurso y verás que contiene el germen de las más audaces transformaciones sociales.

—No lo dejaría desembarcar si ya yo estuviera coronado rey y aprobado por el Sanedrín; pero apenas se cumplan esos requisitos, lo expulsaré de mi patria: te lo prometo.

Cuando los amigos se separaron, ya Saulo se había embarcado con su gente, y las claras estrellas de Siria tachonaban con sus pálidos diamantes el azul velarium de la noche.

CAPITULO XLI

Transcurrieron para Caifás dos largos meses entre congojas y terrores, hasta que la visita de Vitelio, el legado de Roma, agravó su situación. Los levitas le presentaron a ese funcionario una acusación secreta contra Caifás, pidiéndole permiso para abrir los armarios del templo. Vitelio en persona, acompañado de dos sanedritas y de dos

levitas, practicó la inspección. El legado aprovechó la gravedad de aquel suceso para tener pretexto de entrar a los recintos interiores del templo, vedados a los profanos y, sobre todo, a los extranjeros.

Al encontrarse con los armarios vacíos, los sacerdotes alzaron las manos exclamando:

—¡Oh, sacrilegio! ¡Oh, desgracia! ¡La joya ha sido robada! ¡Jehová nos va a castigar!

Todos se arrodillaron, menos Vitelio, que exclamó:

—Basta de oración y de farsas. Es necesario saber quién es el delincuente. ¿De quién sospecháis?

Temblaron los acusadores sin atreverse a hablar, hasta que un levita dijo:

—Señor: solamente Caifás tiene la llave de estos armarios y de estas salas. Bien veís que es imposible entrar aquí sin ser el Sumo Sacerdote.

—Evidentemente, él es el ladrón — dijo Vitelio, — a no ser que le hayan robado las llaves.

—Señor, hay testigos de que Caifás ha sacado de aquí un cofre pesado, hace dos años, y desde entonces se sospecha de él.

—Además — dijo un vendedor de palomas, — su conducta, desde hace un año es extraña.

—Si, — dijo un levita, — se finge enfermo, vive misteriosamente encerrado sin hablar con nadie; falta a las sesiones del Sanedrín, no da las llaves como si temiera que descubriera la falta de las joyas.

—Malos síntomas son esos; pero descuidad; ese delito no quedará impune, — dijo severamente el legado.

—¡Oh, Señor! castigad al culpable; pero evitad el escándalo; por eso hemos recurrido a vuestra justicia privada y no a los tribunales comunes.

—Lo haré como deseáis con tal que no intriguéis contra la autoridad romana.

—Lo prometemos, Señor.

La investigación había terminado. El legado salió del templo dirigiéndose al Pretorio. Las aristocráticas y poderosas familias de Anás y Caifás exigieron a Vitelio el secreto de la acusación contra el Pontífice, pero a pesar de eso, la terrible noticia llegó a oídos del interesado. No se asustó demasiado, sin embargo. Como él era y se creía inocente del robo, esperó el curso de los acontecimientos. A su edad y siendo, como era conocido de todos, era vano todo intento de fuga. La noticia no dejó por eso de inquietarlo; porque ignoraba los designios de Agripa, a quien él, falsamente, creía responsable del secuestro de las joyas. Los rumores vagos de la acusación llegaron

también a oídos de Elisabeth Hacía tiempo presentaba la joven que algo terrible amenazaba a su padre; pero él se había negado siempre a confiarle sus temores. Empero, ella no podía esperar pacientemente que se produjera la catástrofe que sentía venir sobre su cabeza. Prefería saber la verdad, y para conseguirlo, se fué a rondar por el jardín, esperando encontrar un criado de confianza para interrogarlo. En cualquier otra ocasión le habría parecido indigno saber por medio de subalternos las cosas íntimas de su padre, pero en ese momento su excitación y su curiosidad febril le hacían olvidar su elevada posición social y el orgullo de su raza. Por eso, al mirar al Mayordomo en el jardín, no pudo contenerse y le preguntó cuál era la amenaza que afligía a su padre.

El Mayordomo, que era íntimo del Pontífice y suplía para con él los servicios de Artemio, exclamó:

—¿Cómo! ¿Ya te han notificado la acusación?

—Creo que sí, — contestó la joven estrechándose. — ¿Y de qué lo acusan?

—¿No sabías, pues? — preguntó el empleado.

—Sé que lo acusan, pero no sé de qué. Dímelo tú; necesito saberlo, yo soy su única familia.

—No sé si debo; es algo tan triste, tan raro.

—¡Oh, por Abraham, habla! ¿no ves que me estás martirizando?

—Y bien; de todos modos lo has de saber: acusan al Pontífice de robo.

—De robo; no puede ser; ¡mi padre un ladrón!

—Dicen que ha sustraído las joyas del templo.

—¡Oh, Dios mío! ¡Qué infame calumnia!

—gimió la joven y enmudeció trastornada por la sorpresa y la indignación. Ni por un momento concibió que fuera verdadera la horrible inculpación. Por eso se levantó con la rapidez de un resorte, en la actitud defensiva del que se dispone a repeler una agresión injusta, y se encaminó en busca de Caifás.

—¡Qué infame calumnia!—iba diciéndose. —¡Acusan a mi padre de un robo sacrilego; al Pontífice! ¿Están locos o quieren sumirlo en un abismo de vergüenza?

Reflexionando así llegó hasta la cámara de Caifás sin que hicieran ruido sus pies calzados con suaves sandalias de papiro. Al encontrar al Pontífice tan sereno creyó que

aquellas tremendas acusaciones eran exageradas. Por eso, contra su costumbre, lo abrazó cariñosamente.

—¡Oh, padre mío, — exclamó sollozando, —me han dicho una cosa terrible!

—Me asustan tus palabras, — dijo el Pontífice expresando en su mirada más terror que sorpresa. — ¿Qué te han dicho?

—Te costará creerlo; dicen que has hurtado las joyas del templo.

—¿Cómo puedes creer semejante cosa? — preguntó el sacerdote, cubriéndose de mortal palidez.

—No; si yo no lo creo, ¿cómo podría creerlo? dime que no es cierto; dime que las joyas no han sido sustraídas.

—Si. Han sido sacadas del templo—confesó con cólera el Pontífice.

—¡Han sido sacadas! — repitió Elisabeth. —Ah, qué terrible noticia; pero al menos, tú no has intervenido en eso.

El Pontífice no contestó.

—¿No contestas? — gritó la joven sacudiéndolo del brazo. Luego, fijándose en los ojos cobardes de su padre, le dijo:—Mírame, no apartes de mí la vista; tus manos arden; ¡ay de mí!; es cierto lo que dicen; lo leo en tus ojos.

—Escúchame — murmuró Caifás, intentando explicarse.

Pero su hija se tapó los ojos, exclamando:

—No, no quiero oírte; me horrorizas.

—Te juro por Jehová, que yo no he robado las joyas — vociferó Caifás, bajándole las manos de los oídos a la joven. — No las he robado, pero las he sacado del templo.

—Ah, — dijo ella, dando un suspiro de alivio, — eso es otra cosa.

—Sí; tranquilízate; lo que he hecho no es un crimen; soy un desgraciado, pero no un ladrón; escúchame.

Y Caifás refirió toda la historia del secuestro.

A medida que él hablaba, la joven se serenaba un poco. Lo principal para ella, era que su padre no fuera culpable. Por eso, al terminar el relato, lo abrazó diciendo:

—Gracias, padre mío; que terrible peso me quitas del corazón; he sido injusta contigo.

Volvieron a quedar en silencio hasta que dijo Elisabeth:

—¿Tienes alguna prueba contra Agripa?

—Ninguna; es decir, sí, tengo una carta.

—Pues bien, corre, suplicale que confiese la verdad; él está en Antioquía; quizá ha obrado con un buen fin; tal vez tiene las joyas guardadas.

Caifás permanecía inmóvil, como si no oyera los premiosos consejos de su hija. Luego, con asombro de ella, exclamó con extraña paciencia:

—Esperemos un poco; se dice que pronto vendrá Agripa a coronarse.

—¿Pero no te subleva, no te horroriza esa acusación?—preguntó Elisabeth.

—Más que a ti; pero nada haría con buscar a Agripa; es necesario que lo espere aquí; es el único medio de salvarme. Y ya que se me ha escapado el nombre de Agripa, te suplico, por Jehová, que no digas a nadie que él está inmiscuído en este asunto. ¿Lo oyes? Si lo dices, estoy perdido irremediablemente. No te asustes aunque me veas en la prisión; pues de allí saldré más honrado que antes.

—Callaré, sí; pero salva nuestro nombre. —Cálmate, espera todavía; surgirá la calumnia; no podremos evitarlo, pero vendrá Agripa y nuestro honor nos será devuelto; entre tanto, cuida del palacio.

Dos días después, Caifás era secretamente conducido ante Vitelio. El Pontífice se encerró en una rotunda negativa; él nada había sacado del templo, y nada sabía sobre ese asunto; aseguró que los testigos que declararon contra él eran calumniadores. En vano le dijo Vitelio:

—Os mando, abjuró y conjuro a que digáis dónde están las joyas.

Para evitar un gran escándalo, Vitelio convocó un tribunal secreto de sanedritas, quienes juzgaron a Caifás.

El aspecto de éste, abatido por la vergüenza predispuo a sus jueces en contra suya. Todos vieron en su frente deprimida, en sus ojos pequeños, en su extraño mutismo, los signos evidentes de su culpabilidad. A pesar de su confusión y abatimiento, Caifás se resistió a confesar, aunque fuera reducido a prisión, porque esperaba que Agripa regresaría pronto como rey de Jerusalem, y entonces le recompensaría con creces su silencio. Poco le importaba estar unos días en la cárcel. Su cómplice volvería coronado, y a él le debería la corona. ¡Qué triunfo entonces! Por eso el ex Pontífice no se inmutó cuando Vitelio lo llamó a su presencia para decirle:

—Caifás, ex sumo Sacerdote, habéis sido legalmente despojado de vuestros cargos, interpelado, juzgado y condenado a confiscación de bienes y a prisión por el doble delito de robo y sacrilegio, con el agravante de contumaz negativa a declarar ante la ley, a la que como juez del Sanedrín debísteis dar

ejemplo de acatamiento y respeto. Sin embargo, en consideración a vuestra dignidad sacerdotal se guardará secreto sobre este proceso y tendréis por cárcel una estancia en vuestro propio palacio.

Pálido como la muerte, Caifás atravesó ultrajado por la mirada de los sanedritas, aquel vestibulo que, también como reo, había atravesado el Divino Acusado de Nazaret.

¡Oh reveses de la veleidosa fortuna! Caifás, el Sumo Sacerdote, el dueño de los palomares sagrados; el que monopolizaba una parte del mercado de las víctimas, el jefe de la burguesía eclesiástica que distribuía prebendas en el templo, aquel aristócrata acaudalado en cuya frente brillaba el doble prestigio de la tiara y de la riqueza, estaba depuesto, arruinado y preso. ¿Quién lo hubiera creído hacía seis años, cuando él le impuso al gobernador Pilatos la injusta condena del Profeta? Recordó la semejanza de aquel inocente con su situación actual, puesto que a él también lo condenaban por un delito que no había cometido. Ese pensamiento le dió un escalofrío de terror. Largo tiempo permaneció silencioso e inmóvil, hasta que por una gracia especial le permitieron a su hija que lo visitara. La terrible noticia le dió a Elisabeth un golpe tan doloroso que quedó como aturdida y fuera de sí, con la sensibilidad desequilibrada, los brazos caídos y la mirada fija en la tierra. ¡Oh, inocente niña, digna ciertamente de mejor fortuna!

Pero ella no pudo llorar. Una oleada de piedad hacia su padre había reanimado la voluntad y el cuerpo de aquella niña tan generosa como infortunada. El deber filial la hizo fuerte para soportar el dolor, a fin de poder consolar y servir a su padre en la cámara que le servía de prisión, a la que ella concurría durante varias horas, todos los días. Entonces, de nuevo volvió a cerrarse su alma a toda esperanza para el amor; porque se convenció de que el inolvidable desconocido del camino del Cedrón jamás había de querer conducir al tálamo nupcial a una doncella, si llegaba a saber que ella compartía la infamia de un padre sacrilego y ladrón.

CAPITULO XLII

Junto con Saulo se embarcaron para Jerusalem, Bernabé, Rubrio, Aídee, Hioroteo, Eutiques y Diomedes. En otro barco se embarcaron con el mismo rumbo, Ascassem y algunos otros judaizantes que se disponían a acusar a Saulo. El viaje de los cristianos fué una alegre fiesta. Saulo iba tranquilo, como un conquistador que va a dar cuenta de sus victorias. Diomedes, Eutiques y Hioroteo estaban siempre suspensos de la palabra del apóstol, y se embriagaban de las

bellezas del dogma cristiano. Hioroteo, además, gozaba de la compañía de Aidee, cuya mano había solicitado y obtenido. Pensaban casarse en Jerusalem; pero jamás hablaban de ese asunto, porque Aidee se sonrojaba. Por eso solían guardar silencio, sentados a bordo, contemplando las gaviotas, mientras el barco seguía su majestuosa y reposada marcha por entre la cresta llanura de espumas.

—¿Has pensado hoy en mí? — le preguntó él una de las deliciosas tardes en que el sol se hundía en el pálido horizonte del mar.

—Todos los días rezo por ti.

—Déjame, en recompensa, besar tu mano — dijo él inclinándose sobre su magnífico busto.

—No, — contestó ella apartando su rostro resplandeciente de placer y de ternura.

—¿Pues entonces cuándo? — preguntó el filósofo.

—Tú sabes cuándo — contestó Aidee con las mejillas encendidas de rubor y llena toda ella de juvenil encanto, como una floración de primavera.

—Sí, cuando nos casemos. ¿Pero por qué no ahora? tú bien sabes que eso no es pecado.

—No, por cierto. Pero ¿qué quieres? Me asustan tus caricias. Me parece que eso es profanar nuestro amor.

—¿Qué escrúpulos tienes! Cuando te veo así, tan esquiva, me parece que tú no me amas bastante.

—¿Por qué dices eso? — preguntó ella, dejando ver al sonreírse, el puro esmalte de sus dientes, como deja ver la flor el albo cáliz al abrirse.

—Porque rechazas mis caricias — dijo él sin comprender aún que Aidee no toleraba la más leve sombra de impudor en la esplendente blancura de su alma.

Y excitado por sus propias palabras, le tomó las manos a su prometida. Estaban embriagadas sus almas en esa leve y furtiva caricia cuando, sin ser notado, se acercó a ellos Eutiques, llevando un manto para la joven.

—¡Ah!, gracias — dijo ella separando ruborizada, sus manos de las de Hioroteo.

—Sabe Eutiques, — dijo el filósofo, — que Aidee y yo nos casamos apenas hayamos llegado a Jerusalem.

—Pues que seáis muy dichosos — dijo el criado, y su cara irregular se ennoblecía con la belleza fugaz de su sonrisa. — Yo os obsequiaré ese día un cistro que he trabajado con mis manos.

—¿No tienes ya celos contra mí? — preguntó Hioroteo.

—Oh, callad,—exclamó sonrojándose Eutiques, — quisiera dar mi vida por vosotros.

No quedaba, en efecto, ni una chispa de las antiguas pasiones de Eutiques. Ahora gozaba con el amor de sus amos, y su pasión por Aidee se había trocado en un respetuoso culto de gratitud. Cuando el mozo se alejó, la joven dejó caer la frente cándida en el hombro de Hioroteo, sin pronunciar palabra; pero sus manos buscaron las de él y le expresaron con el calor de su contacto, cuánto lo amaba.

Y esa fué la única expansión de amor que conocieron en su noviazgo; porque asustados de su propia emoción, se levantaron azorados, y buscaron a los demás viajeros, mientras el sol, menos escrupuloso, acariciaba el agua con su largo beso de oro, al soplo voluptuoso de la brisa que hacía gemir las olas, con rumores lánguidos, como sollozos de amor.

Poco antes de llegar el barco a Cesárea, en uno de los puertos intermedios, subió a bordo, Juan, el apóstol predilecto, que concurría, también, al Concilio. Después de abrazar afectuosamente a Saulo, departió amablemente con los tripulantes. Era un bello sujeto, joven todavía, de elevada estatura, de grave, noble y tranquilo aspecto. Sus cabellos castaños, divididos por en medio del cráneo le daban alguna semejanza con el Divino Doctor de Galilea. Hioroteo intimidó con él al poco tiempo, y como ambos tenían inteligencias robustas y nutridas, se pasaban dialogando acerca de altísimas cuestiones teológicas. A menudo Juan hablaba como vidente del porvenir. Otras veces le explicaba al filósofo la honda poesía lírica de los salmos, y las visiones simbólicas de los Profetas. De ese modo Hioroteo descubría cada día nuevas verdades en el Evangelio, a medida que ahondaba en su estudio. Al atardecer, en la hora solemne del crepúsculo, todos los pasajeros, se sentaban en torno del discípulo de María para escuchar de sus labios detalles ignorados de la vida íntima de Jesús, que él refería con aquel ardor afectivo de que es un pálido reflejo su Evangelio. Otras veces daba noticias de la Inmaculada, a quien había acompañado, lleno de respeto en aquella poética penumbra en que quiso esconderse a los honores humanos la madre de Dios.

Durante la travesía Hioroteo sentía una ráfaga de tristeza al pensar que por su próximo matrimonio con Aidee se iba a privar de aquella tan noble vida del apostolado. Esa misma melancolía embargaba su alma cuando los presbíteros y los diáconos, reunidos a bordo, rezaban los salmos y entonaban salterios, con la música incipiente de la Iglesia. Con su clara inteligencia comprendía el

filósofo que el celibato era condición necesaria para el apostolado. Es verdad que entonces había presbíteros casados; pero sólo eran tolerados así, por estar ya unidos por el vínculo conyugal antes de ingresar al sacerdocio; mas para permanecer en esa jerarquía eclesiástica debían vivir como célibes, separados de sus esposas. El ideal para los cristianos era el celibato, aún sin ser sacerdotes, y con mayor razón debía serlo para el que se consagrara al Dios de la Castidad, debiendo, por lo mismo, llevar al altar la pureza de un lirio. ¡Qué noble le parecía esa vida sacerdotal, levantada sobre la materia, elevada sobre los bajos deseos, apta y fácil para el renunciamiento de todos los lucros y vanidades, desligada de los egoísmos legítimos de la familia! Pero esa vida no era para él. Su recta conciencia no le permitía engañar a Cristo. No era posible conciliar el apostolado con el matrimonio. Era necesario elegir entre Dios y Aídee. Si quería ser verdadero presbítero debía renunciar a la voluptuosidad lícita de las caricias conyugales para sentir intensa y exclusivamente la caridad hacia las almas, para que ningún afecto terreno menoscabara la energía de su cerebro ni el calor de su amor al Divino Profeta. La conveniencia de hacerlo así, lo demostraba el ejemplo de aquellos apóstoles célibes, que habían renunciado a las ternuras del hogar a fin de poder arder como antorchas perpetuamente dirigidas al cielo. No sería, por eso, presbítero, no pertenecería al trigo selecto que no se multiplica por estar reservado a los servicios especiales del altar; prefería ser solo esposo de Aídee, confundido con el montón honesto y vulgar de los padres de familia. Todos esos pensamientos desfilaron por la mente del filósofo mientras escuchaba, solitario, la gran harpa del mar. Cuando se retiró a dormir, ya el lucero de la mañana arrojaba en la mejilla azul del firmamento su brillante lágrima de oro.

CAPITULO XLIII

El tribunal que ha sido llamado concilio de Jerusalem fué concurridísimo y solemne. Saulo fué allí acogido con aplausos por una gran multitud congregada en la amplia casa de Nicomedes.

Había allí forasteros, catecúmenos, enfermos e hasta niños y mujeres. Al entrar los apóstoles, abriéndose paso entre la ola de

los concurrentes, varias mujeres se arrodillaron con emoción; pero los varones permanecieron de pie. No se veían más que ojos brillantes, rostros extasiados, lágrimas de júbilo. No parecía un tribunal donde hay acusados y jueces sino un acto de apoteosis o de festividad pública. Todos deseaban oír la narración de las célebres correrías apostólicas. Cuando entró Ascassem—cuyos trabajos contra Saulo eran conocidos—se produjo un sordo murmullo que era presagio de que la sesión iba a ser tumultuosa. Este levita judaizante y falso convertido, después de la muerte de Artemio había seguido al servicio de la Sinagoga procurando dividir a los cristianos. Por eso entró a la Asamblea escudriñando el recinto a fin de reconocer a sus partidarios a quienes había dado orden de distribuirse entre la asamblea para que sus manifestaciones fueran consideradas como colectivas. Pronto descubrieron sus ojos el rostro enjuto de Eutiques y se alegró; porque ignoraba, que este griego se había convertido. Cuando hacía ya varios meses, lo había visto caer desde el alfeizar de la ventana en la casa de Antioquia donde predicaba Saulo, lo creyó muerto y se alejó de aquel recinto dando por fracasado su plan de matar al apóstol. Inmediatamente se embarcó para Jerusalem, donde había continuado su taimada política de engaño. No tenía, pues, noticia de la milagrosa curación de Eutiques, por intermedio de Saulo ni de la conversión del griego. Al encontrarlo en aquella asamblea, supuso que su caída no había sido mortal y que estaba siempre dispuesto a servir a los judaizantes, por la gratificación pecuniaria, que le habían ofrecido.

Apenas callaron los murmullos se levantó Pedro, sencillo y humilde, y dijo con voz mesurada y tranquila:

—Recojamos todos nuestro corazón, e imploremos al Espíritu para que haga resplandecer en nuestras almas la luz y la paz, a fin de que podamos servir a los intereses del Enviado, unidos todos en su amor.

Mientras el Pescador pronunciaba esas palabras, los brazos se cruzaron sobre el pecho, dobláronse las cabezas, muchos párpados se cerraron y todas las almas se anegaron en un sentimiento unánime de adoración.

Apenas se sentaron cuando Levi, un viejo judaizante de rostro cuadrado y pálida cara de fanático, a quien Ascassem había excitado, pidió la palabra. Pedro, con un gesto, le permitió hablar.

—No necesito decirlos el objeto que aquí nos reúne—comenzó diciendo,—todos sabéis que vamos a defender la Ley, y con ella el cristianismo contra el partido revolucionario

que han formado los intrusos gentiles de Antioquia, capitaneados por Saulo. Bien sabéis lo que pretenden. Suprimir las prescripciones legales, como si el Evangelio no fuera la prolongación lógica de la Antigua Ley. Recordad que Jesucristo ha dicho: "No he venido a derogar la Ley sino a cumplirla".

—No se trata de suprimir la Ley — interrumpió bruscamente un partidario de Saulo, —sino de derogar el uso de la circuncisión, a fin de facilitar la conversión de los gentiles.

—¿Y es lícito eso? — preguntó Levi, apoyando las manos sobre una mesa. — Si Jesucristo se sometió a la circuncisión ¿con qué derecho se atreve Saulo a suprimirla?

Santiago se irguió casi impulsivamente para contestar, y pidió autorización para hablar; pero en ese momento vió a Saulo de pie. Se notaba en el convertido de Damasco que tenía mucho que decir, como si bullera en sus labios una vibración de palabras.

Pedro, que presidía, vaciló, paseando sus miradas del uno al otro, no sabiendo a quien conceder la palabra. Santiago notó su vacilación, y poniendo una sonrisa en su fisonomía espiritual, se sentó demostrando con la mano que cedía a Saulo el derecho de hablar. Entonces todos contemplaron con febril interés el rostro varonil del acusado, quien demostraba, en ese momento, una plena confianza y una gran energía.

En medio de aquel silencio resonaron sus palabras vibrantes, cálidas, exóticas, en un lenguaje peculiar suyo, a la vez elocuente e incorrecto, por la libertad con que rompía las trabas gramaticales y creaba términos nuevos; porque el hebreo lo mismo que el griego, y el sirio, resultaban estrechos para la abundancia y el calor de sus ideas. Su misma incorrección le daba elocuencia; porque en sus interrupciones, en sus intercalaciones y redundancias demostraba la sinceridad y el entusiasmo de su improvisación.

—Hermanos — dijo, — es verdad que soy enemigo de la circuncisión; porque ella es una traba, una obstrucción, un dique opuesto a la dilatación redentora del Evangelio. La circuncisión, hoy no es más que una figura vana, un símbolo anticuado, un ritualismo externo, de purificación, bueno en otro tiempo, pero superfluo ya desde que sabemos que lo que debe purificarse no es el cuerpo, sino el alma. Creedme, hermanos, no es la Ley sino el orgullo de raza el que se obstina en cerrar las puertas de la Iglesia a los gentiles.

—¡Cristo se sometió a la Ley!—gritó la voz ruda de Ascassem.

—Si, — replicó rápidamente Saulo,— pero para tener el derecho de suprimir sus símbolos v ritos, porque era una ley de castigo; pero El ha conquistado con su muerte la ley del amor.

—La ley es necesaria como intermediaria, como puente tendido entre los gentiles y cristianos—dijo Levi.

—Hoy no hay ni puede haber más intermediario que Cristo Crucificado, supremo vínculo entre el cielo y la tierra, — contestó Saulo.

—¿Con qué derecho pretendes sobreponerte a los Profetas que hicieron la promesa del Mesías exclusivamente al reino de Israel? — preguntó el viejo judaizante.

—¿Cuáles son esas promesas? — interrogó calurosamente Saulo. — ¿Cuál es el Profeta que reduce, que regate, que escatima miserablemente los beneficios de la redención? ¡Ninguno! ¡Citádmelo!

—No es necesario que una cosa tan clara sea expresada por los profetas — dijo Levi—ella se desprende del hecho de haber nacido el Mesías entre el pueblo hebreo. Jesús no declaró nunca que quisiera suprimir el Judaísmo. Debemos, pues, por respeto al mismo Jesucristo, que era judío, conservar los privilegios del pueblo escogido que estuvo siempre separado del resto del mundo. ¿No es una impiedad admitir paganos en la Iglesia y comer con ellos?

—Es en vano — dijo con vehemencia Saulo, sin poder evitar un gesto de impaciencia—que los judaizantes pretendan apoyar su intransigencia en los Profetas. Ellos no podrían contradecir a Abraham, quien anuncia que por Cristo serían redimidas todas, ¿lo oís bien?, todas las naciones de la tierra, y no solamente la nación hebrea. Despejemos, pues, el camino a todas las almas sedientas de justicia, apartemos todos esos estorbos de prácticas formulistas, en que se esconde el orgullo y el egoísmo. No dejemos nada que pueda obstruir la corriente de aguas vivas que fluye del Evangelio.

Vencidos los judaizantes en el terreno místico, se refugiaron en el campo civil y económico, para arrojar sus censuras, como ciertos dardos, contra el apóstol.

—Pero los errores de Saulo — dijo Levi, —son todavía más peligrosos por que socavan la arquitectura social, desacreditan el poder político, que es fundamento del orden, y trastornan la estructura económica, cuya base es el derecho de propiedad.

—¿Cuándo he atacado yo el derecho político?—preguntó Saulo.

—Cuando predicáis la desobediencia a las leyes religiosas del imperio, cuando censuráis el régimen de la esclavitud, cuando incitáis a los esclavos a la insurrección.

—Es falso eso. Yo no predico el odio contra la autoridad; yo no conspiro contra el César; yo no hago más que reducir su potestad y establecer su rol subalterno; porque no es el capricho del príncipe convertido en ley, sino la razón, la que merece obediencia, y no se debe cumplir el mandato que viola la recta conciencia. En cuanto a la esclavitud, yo no predico la revuelta, pero aconsejo que sin violencia, sea suprimida esa institución injusta; porque en principio está virtualmente condenada en el Evangelio.

—¿Dónde está esa condenación?

—Ella se desprende del hecho de que los cristianos somos hermanos. Si lo somos de veras y no de burlas, todos debemos ser iguales, en el terreno civil y económico. Por la misma razón quiero que exista la comunidad de bienes, y que la mujer no sea la esclava sino la compañera de su esposo.

—La prueba de que eres delincuente, y enemigo del orden público, es que varias veces has sido arrastrado ante los tribunales y condenado por ellos — dijo Ascassem.

—También lo fué el Profeta de Nazaret. Los poderes públicos me han perseguido porque defendiendo el derecho de los oprimidos. Los ricos han exigido que se me expulse porque predico que todos trabajen, porque declaro que no hay ociosidades lícitas para los capitalistas, ya que el trabajo es un castigo impuesto en el paraíso a todos los hijos de Adán, y no solamente a los pobres; porque lanzo anatemas contra los explotadores de los obreros, porque reclamo para ellos el justo salario, porque declaro que los derechos del empleado tienen prioridad y preferencia sobre los derechos del patrón, porque procuro evitar el escandaloso desnivel de fortunas, aconsejando la igualdad económica, mediante la cesión mutua y espontánea de los bienes.

Por ese estilo, habló larga y briosamente Saulo. Bajo su ardiente exégesis toda la Biblia se iluminaba. Analizaba los versículos más oscuros que los judíos sabían de memoria sin comprenderlos, y arrancaba de ellos haces de luz. Los apóstoles mismos estaban maravillados ante aquel intérprete tan original y audaz de las Escrituras, y tan distinto de ellos en apariencia; pero concorde con las profundidades del dogma.

Entre tanto, Eutiques, con los ojos bajos, permanecía impassible, como absorbido en profunda meditación.

Saulo volvió a hablar, y al callarse se levantó un rumor confuso de aprobación y de protesta.

Los judaizantes sobornados dirigían interpelaciones hostiles aprovechándose de la confusión. Y esas voces desconocidas entre

los cristianos, contristaban profundamente a Pedro. Esa discordia intestina, que él veía exagerada—porque ignoraba el pequeño número de judaizantes hábilmente distribuidos,—era para él una prueba mas dolorosa que la persecución de los gentiles. Por eso elevaba silenciosamente su súplica a su Maestro Celestial pidiéndole que devolviera la paz a sus ovejas. Ese anhelo se reflejó en su semblante triste y hondadoso, cuando poniéndose de pie, y tendiendo las manos abiertas hacia adelante, exclamó:

—Tengamos paz, hermanos míos, no olvidemos que somos discípulos y siervos del Maestro de la dulzura y de la paz. No tengamos acritud, no manifiestemos desdén contra los que piensan de distinto modo que nosotros. Que jamás entre en nuestras disputas la violencia. Si todos tenemos buena intención ¿por qué violentarnos? Dejemos que las dificultades y los errores se disuelvan en una atmósfera tranquila de paciencia y de dulzura. Hasta ahora se ha dicho de nosotros: “Mirad como se aman”. No hagáis, os lo ruego, que resulten vanas esas bellas palabras.

Al cesar Pedro de hablar pasó como un soplo de unción y de concordia por toda la asamblea.

—Tenéis razón, maestro — dijo levantándose un judaizante, — pero si aceptamos las pretensiones de Saulo, pronto la Iglesia cristiana será toda de los gentiles; ellos van a predominar por su número y por las facilidades que les da Saulo, a quien no le repugna su corrupción ni su idolatría, porque él mismo está dispuesto al error, pues como sabéis, él no escuchó las enseñanzas del Maestro. Saulo enseña lo que se le antoja. Pero ¿quién es él? Para nosotros es un desconocido. No es un discípulo de los Apóstoles. Es sencillamente un visionario, un intruso, un herético, un perturbador de la obra cristiana. Por consiguiente, no le prestemos atención hermanos.

La excitación que esas palabras produjeron fué tal que se manifestó en un silencio de consternación. Hasta el dulce Santiago, impaciente estrujaba entre sus dedos la extremidad de su manto. Así fué que cuando se irguió Saulo para contestar se hubiera podido oír el ruido de una mosca.

—No he venido a contestar insultos — dijo Saulo con el semblante muy pálido y con entonación de tristeza — ciertamente no tuve la dicha, como vosotros, de oír al Divino Maestro antes de su muerte; pero lo escuché resucitado. Perdanad, si repito esta revelación que tanto me honra, y que no la

hago por vanagloriarme, sino porque lo exige mi defensa. Si, El me preparó para evangelizar a los gentiles. ¿Qué podría yo enseñar si El no me iluminara? Todos conocen la enormidad de mis pecados. El quiso elegirme para ejemplo de su clemencia a fin de que no desesperen los que viven en la iniquidad. Pero puesto que El así lo ha querido, mi doctrina y mi apostolado son legítimos y merecen el acatamiento de todos los cristianos. Consciente de ese deber y de ese derecho os declaro que hablaré, y nada ni nadie me hará callar la verdad. No sé si por derribar el estorbo de la Ley, que se quiere oponer a los gentiles predominarán estos en la Iglesia, después de convertirse. ¿Y si así ocurriera qué importa? Pretende acaso Ascassem establecer una aristocracia privilegiada entre los cristianos? Librenos Dios de semejante injusticia tan opuesta a la santa fraternidad del Evangelio. Hoy no hay ni debe haber más nobleza que la que da el título de cristiano. La sangre de Cristo ha abolido todas las castas y todos los parias. Ya no hay diferencia entre judío o gentil, entre siervo o esclavo.

Al oír estas atrevidas frases el judaizante Levi, cejijunto, alborotado, irritadísimo, pidió la palabra para replicar, pero le hicieron señal de que callara.

—Veo que se escandaliza Levi — continuó diciendo el apóstol, — mas a mí no me espanta el escándalo de la cruz. Las libertadoras innovaciones del Evangelio, van a escandalizar a todos los que han fundado falsos derechos sobre el abuso de la fuerza y de la riqueza. Idólatras del pasado, caducos retoños del ritualismo farisiaco que hizo morir a Cristo, falsos hermanos que minan sordamente mi reputación, en vano pretendéis coartar la libertad de la predicación evangélica. No temo a esos sembradores de error. ¿Son ellos judíos? También lo soy yo. ¿Son ministros de Cristo? Yo también he recibido el apostolado. ¿Defienden a los hebreos convertidos? Yo defiendo a los gentiles, que son también hijos de Dios. Por ellos, por mis amados gálatas, por mis fieles corintios, por mis afectuosos antioqueños, yo, apoyando mi debilidad en la fortaleza de Cristo, levanto su evangelio como una picota para derribar el abuso protervo de la riqueza o del poder público, que oprimen a los pobres, lo levanto como una espada para tronchar de un solo tajo todo lo que se oponga a la caridad de Cristo, lo levanto como una hacha para abolir los ritos anticuados, las fórmulas estrechas, las viejas vestiduras de la Sinagoga, las vetustas muletas de los fariseos, con que antes caminaba la humanidad inválida hacia

la Verdad lejana. En cuanto a mí, os declaro que no respetaré ninguna traba puesta a los pueblos ansiosos de luz; si me echan a palos de una ciudad, iré a otra con mi palabra.

—¿Lo oís? — exclamó Levi alzando las manos. — ¿Veís qué arrogancia en las palabras? “Os lo declaro” — dice Saulo, como si él fuera el jefe; ya veís cómo se sale de la barca y se constituye en piloto; dejémoslo, pues, que levante su tienda aparte, que se declare emancipado de Jerusalem, que establezca su iglesia en Siria, o donde le dé la gana y donde pontifique y legisle para sus amigos los proletarios y toda la chusma de los gentiles

—¡Eso nunca! — gritó impetuosamente Saulo. — Yo declaro que estoy dispuesto a obedecer siempre la legítima autoridad de Pedro; si expongo aquí con libertad mis opiniones, es porque en el fondo él y yo estamos de acuerdo.

Calló el apóstol y varios brazos se tendían hacia él en señal de aplauso. Todo el auditorio conmovido producía un rumor sordo de aprobación y de entusiasmo y los ojos humedecidos y brillantes parecían electrizados por los efluvios de su palabra.

—Sois víctimas de un intrigante y de un impostor — gritó Ascassem, — os voy a mostrar las pruebas de que Saulo conspira contra la supremacía de Pedro. Ven, Eutiques — dijo dirigiéndose a su antiguo cómplice, — muestra el pergamino y declara lo que sabes.

El griego se levantó rígido, alzando en la mano un rollo de manuscritos.

—Os juro — dijo, — que estos pergaminos son falsos. Ascassem y Artemio, un criado de Caifás, intentaron sobornarme para falsificarlos a fin de introducir el cisma entre los cristianos. Ellos también me indujeron a atentar contra la vida de Saulo.

Ante tan asombrosas palabras, un sordo rumor se oyó en el recinto. Ascassem, estupefacto, no sabía qué actitud tomar. Por fin exclamó:

—¡Miserable impostor!

—Es verdad — contestó Eutiques, — he sido un miserable impostor, pero no en estos momentos; sí, he sido un impostor sacrilego, y pido a todos que me perdonen.

Un murmullo de estupor ahogó esas palabras. Ascassem se levantó lívido, por un movimiento instintivo y aprovechando la confusión salió de la sala, seguido de algunos judaizantes. Eutiques, con el rostro bañado en lágrimas, se había adelantado y estaba de rodillas a los pies del apóstol. Entonces se levantó Simón Pedro y dijo:

—Hermanos míos. No os turbéis. Estamos aquí para hacer una obra de piedad y

de pacificación. Las palabras de Saulo me parecen bellas y santas, porque están caldeadas de sinceridad y vibra en ellas el impetu de la caridad. Siento mucho verme obligado a manifestar mi desacuerdo con Leví. Los hechos hablan en favor de Saulo. Como él dice, Cristo no ha hecho diferencia entre los gentiles y los judíos. ¿Por qué, pues, quererles imponer el yugo que nuestros padres no pueden soportar?

Apruebo, pues, la libertad que quiere Saulo para la expansión del Evangelio, pero la prudencia y la caridad exigen condescendencias lícitas con los cristianos de Jerusalén. Y la caridad aconseja que procuremos atraer y mantener no sólo a los gentiles, sino también a los judíos, adaptando las prescripciones susceptibles de variación a la mentalidad y disposición de todos. Así, pues, para contentar a los judíos débiles prescribiré a los paganos convertidos que se abstengan solamente de manjares inmolados a los ídolos, con sangre de animal sofocado. Y a los cristianos que eviten casarse con paganas, mas esto no será bajo pecado mortal.

CAPITULOXLIII

Hacia ya quince días que Caifás estaba preso en su propia casa, cuando entró solemnemente Agripa en Jerusalén. A las primeras horas de la mañana, poco después de salir el sol, llegó a la ciudad santa aquel canalla afortunado para coronarse en el templo. Habitado como estaba al lujo y a los refinamientos paganos, y por otra parte, ansioso de conquistar las simpatías de los sacerdotes, no es de extrañar que su comitiva fuera una mezcla abigarrada de suntuosidad hebrea, romana y oriental. Lo precedían diez mil soldados, algunos de ellos romanos, y otros mercenarios de varios países, entre los cuales iban diseminados los esbirros de Ben-Gioras. Entre la selva de lanzas y de yelmos relucientes que brillaban al sol como fulguraciones de incendio resaltaban, de trecho en trecho, los estandartes romanos, con su águila altanera; señal de que el César protegía al nuevo rey hebreo con el formidable poder del imperio. Al avanzar las líneas de lanceros, sus largas picas y cascos de bronce

oscilaban con un solo movimiento al compás de las trompetas sin que les hiciera perder el paso, firme y sonoro, las ondulaciones de la calle. Algunas mujeres, cubiertas con velos azules, rojos y amarillos, les arrojaban flores desde las terrazas; pero los ancianos miraban cejijuntos y hostiles aquel despliegue de fuerza extranjera. Detrás de la infantería iban varios camellos y dromedarios, coronados de plumas, con los bagages, los carros de trigo, cestas de frutas, los odres de vino — obsequiados por el César, — y finalmente algunas catapultas que, por parecer extrañas a los niños judíos, fueron saludadas por ellos con gritos de júbilo. Seguían a los carros de guerra los equipajes de Agripa conducidos por camellos y onagros, enjaezados de seda roja, y gualdrapas de oro. A continuación marchaban los músicos marciales cuya instrumentación vibrante de clarines, krotalos, címbalos, tambores, flautas, bocinas y trompetas, producía un ritmo jubiloso y violento. A sus acordes bailaban 50 niños griegos, con las piernas desnudas y a veces caminaban de manos, con los pies en alto; mas esto sólo lo hacían cuando la vía les ofrecía alguna rara planicie. Detrás de los músicos, en un gran carro cubierto de flores iban mezclados varios enanos y doncellas de maravillosa hermosura. Por fin apareció la litera de Agripa, arrastrada por cuatro mulas blancas. El nuevo rey de Jerusalén iba, al parecer, llorando de patriótica emoción, reclinado sobre blandos cojines, en actitud hierática, con los cabellos rizados y empolvados de azul. Toda su túnica violeta estaba salpicada de pedrería que deslumbraba la vista del público con sus cambiantes visos. Ben-Gioras, que estaba en medio de la multitud, se mordía los labios de envidia. "Todo esto me lo debe a mí ese holgazán de Agripa, — pensaba el bandido. — ¿Por qué no soy yo el rey?" Poco a poco, al influjo de una nueva corriente de ideas, se dispuso su envidia y se ensanchó su corazón. Consideró que aquel triunfo de Agripa era su triunfo y el principio de su propia ascensión al trono, que él deseaba como la cúspide de su carrera. El, que, había trepado desde su horfandad de acróbata, él que había llevado la mácula infamante de ser hijo de un ladrón ajusticiado, se veía ahora entrando a su ciudad natal, con el cargo de jefe supremo de las guardias reales. Quien tanto había ascendido, por su propio esfuerzo, bien podía aspirar a ser rey de Israel. La venganza, que era su deber principal, ya estaba casi plenamente ejecutada. Pilatos, Anás y Caifás eran ruinas miserables, cuyo derribo había provocado él con su voluntad

poderosa. Ahora podía consagrarse a ser el conquistador y el amo de Jerusalem, porque era necesario que la ciudad que había presenciado la afrenta de su padre, sufriera también el látigo vengador de su hijo. Por eso contemplaba la sagrada urbe de los Profetas como el águila que observa su presa. Y su patriotismo, a la vez sentimental y egoísta, se exaltaba al mirar los panoramas de su patria, que jamás olvidara en su peregrinación aventurera por el mundo griego y latino: la soberbia montaña de Sión, coronada de torres, los cerros pedregosos y amarillentos, en que alzaban su pálida fronda los nopales; el lóbrego barranco del Cedrón, donde cedros espléndidos y milenarios alzaban su trémulo follaje, las grises tumbas de los Profetas y todo aquel ambiente de prodigio y de misterio que sólo tiene Jerusalem la santa, la mística, la incomparable, la hermosa. ¡Ah! Pronto recibiría él los homenajes de la ciudad bíblica, pasaría con la cabeza alta, por en medio de los monumentos solemnes, llenos de recuerdos, en cuyos pórticos, siete años antes había dormido él, hambriento y desnudo. Y al contemplar el panorama de su vida que parecía una leyenda, una llamarada de orgullo fulguraba en sus ojos. Luego pensó que ya no sería Berenice, como había soñado, la que compartiría su gloria en el futuro grandioso que esperaba; pero otra mujer más digna que ella y más amada por él, sería su compañera legítima. Y pensaba en la bella desconocida que lo salvó en el Cedrón, y a la que se proponía sacar de su obscuridad; porque tenía la dulce certidumbre de que ella también lo amaba. Seguramente andaría mezclada entre aquel hormiguero humano. Y con el deseo de hallarla examinaba los semblantes de la multitud, esperando descubrir, de un momento a otro, la adorable silueta de Elisabeth, asomada, quizá a alguna terraza o minarete. Y proponíase, cuando la viera, hacerle una declaración clara y enérgica de su amor y de su propósito inquebrantable de conducirla al tálamo nupcial. Entre tanto, Agripa, apoyando los pies en la litera, para erguir el cuerpo, distribuía saludos con la mano y abría las narices, como si por ellas aspirara bocanadas de gloria. Al verlo el populacho, entusiasmado, lo aclamó con delirio.

— ¡He aquí a nuestro rey! ¡Hosanna al heredero de David! — gritaba un levita.

— Nuestro rey es joven como la aurora, sus cabellos son abundantes como las espigas de Betania, sus ojos brillantes como las piedras de Gades, — vociferaba otro.

En cambio algunos patricios ancianos movían negativamente la cabeza en señal de desagrado.

— Es un hombre enfermizo — decían, — ved qué pálido está; no sabrá reconquistar la libertad de Judea.

— Peor que enfermizo, es afeminado, — le contestó al oído su compañero, haciendo un gesto de desdén.

— El que tiene aspecto de rey es ese — dijeron señalando a Ben-Gioras.

— Bien se ve que Agripa ha sido amigo y colega de Druso, el libertino hijo del César, que murió destruido por sus vicios.

— ¡Qué vergüenza, amigo mío; a qué extremos hemos llegado; no parece que asistimos a una solemnidad de hebreos, sino a una orgía de griegos o de sirios; mira que comitiva de histriones!

— Calla, ahí va la reina.

— ¡Ah! ¡Esa es Cipro?

— Sí, es su esposa.

En otra litera iba Cipro, la vieja reina, adúltera y homicida con las profundas arrugas sepultadas y ocultas bajo una densa capa de tintura rosada. Su túnica de brocado de oro estaba orlada de franjas de plata, de donde pendían cordones de perlas, zafiros y azabaches. Su pelo, de bordados finísimos, imitando espuma, estaba recamado de ópalos. Iba en medio de dos esclavas, ceñidas de brazaletes, una de las cuales alzaba un plumero gigantesco y otra sostenía un quitasol de caña de marfil. El cosmético embellecía un poco a la esposa del rey; pero su expresión era triste y fría. Al llegar la comitiva al templo, estalló el trueno de la trompetería y apareció la falange imponente de los sacerdotes. Delante de todos estaban los levitas músicos, cuyos instrumentos suaves — harpas, liras, laudes, violas y salterios — producían dulcísimas cadencias que formaban contraste con el estrépito estridente de la banda del rey. Como no habían aparecido las joyas de los ornamentos, las ropas sacerdotales no abundaban en pedrería; pero el oro de sus dibujos y la finura de las telas, daba una suntuosidad imponente a sus cuerpos y ceremonias. Su larga túnica blanca, abierta por el pecho, la faja de albo color que les envolvía la cabeza, la nieve de sus barbas; todo en ellos daba una impresión de blancura. Antes de que Roma gobernara a Jerusalem, en las grandes fiestas religiosas actuaba todo el pueblo de Israel. La población se dividía en dos gigantes coros, que entonaban los salmos, bajo la dirección de 10.000 levitas. La inmensa multitud adiestrada en el canto, ascendía la montaña santa, desde las afueras de la ciudad, dialogando con los sacerdotes por medio de los

salterios y salmos que contienen la más alta poesía lírica de la historia. Por eso los soldados extranjeros no cesaban de asombrarse y no sabían si admirar más la imponente ceremonia o el marco grandioso en que se desarrollaba.

—¡Qué hermoso espectáculo! — exclamó un oficial romano. — Confesemos que este pueblo sin filosofía tiene mejor sentido religioso que nosotros. Mira esos niños que arrojan espirales de humo con sus turibulos de oro.

—Sí; son los turiferarios que están quemando esencias olorosas. Este es el país de los perfumes.

En seguida el cortejo entró en el templo, tan vasto que podía abrigar a los soldados de a pie y a la inmensa concurrencia. Los mercenarios griegos — que habían visto los suntuosos santuarios helénicos, como el Partenón, el Ereteo, el templo de Artemisa en Efeso — se quedaban absortos ante la magnificencia de las bóvedas que se alzaban a incommensurable altura, y no se explicaban cómo, a pesar de tanta multitud, reinaba una paz profunda en el silencio de aquellas cúpulas en cuya penumbra brillaban solitarias lámparas como estrellas de la tarde perdidas en un fragmento de cielo. Prostraron ante las gradas de jaspe, Agripa, prorumpió en gemidos, invocando la bendición de Jehová. Cuando hubo avanzado al interior, mientras el sacerdote sacrificaba las víctimas, no cesó de orar con fervor extraordinario. No quiso sentarse en el escabel de marfil, simulando humildad, lo que causó muy buena impresión en el pueblo y en el Sanedrín.

—Han vuelto los días de David; — exclamaban los levitas, — tenemos un rey piadoso, según el agrado del Señor.

Aunque no hubiera sido Agripa un hábil comediante, como educado en la escuela de Tiberio, le habría sido fácil emocionarse hasta las lágrimas, cuando al compás de las harpas y salterios estalló el coro de los niños levitas, mientras otros adolescentes, bellos como arcángeles, levantaban y dejaban caer con pausados giros los cien incensarios de oro, de donde salían crepitando azules llamas y nubes perfumadas. Sobre el altar de los sacrificios aparecía el arca, donde se guardaban las tablas de la Ley. Esos dos objetos sagrados estaban salpicados de carbunclos, esmeraldas y rubíes que producían llamas violetas, azuladas y sangrientas, las cuales, al cruzar sus rayos simulaban relámpagos. A la vista de aquellas tablas de la Ley, en que Dios mismo

condenaba el adulterio y el homicidio, Cipro exhaló un grito de pavor y de remordimiento. Entonces salió bruscamente del marasmo moral en que había vivido. Su fe hebrea, hasta entonces alestargada, surgió de súbito, violenta y hostil para atormentarla. Miró sus manos y le parecieron teñidas de sangre. En el agudo estruendo de las flautas, creyó oír una voz que le decía: "asesina, "adúltera", "maldita". Se sintió presa de extraña agitación, helado sudor le bañó la espalda, su vista se nubló y cayó pesadamente al suelo. Los que estaban a su lado la recogieron y trasportaron rápidamente a los aposentos de los sacerdotes. No presenció esa escena Ben-Gioras porque, sin poder esperar a que terminara la ceremonia, en su impaciencia por encontrar a Elisabeth, había abandonado su puesto y se paseaba por entre el gentío examinando los semblantes. De improviso su rostro se inmutó. Acababa de reconocer el adorado perfil de la única mujer que amaba. Elisabeth, estaba allí, apoyada en una columna y pobremente vestida. La muerte de Anás y el terrible infortunio de Caifás, eran dos golpes tan dolorosos que su sensibilidad había quedado como embotada y su bello rostro se había empalidecido y demacrado. En su estado de postración solamente la conciencia de sus deberes de hija la sostenía en pie, cuidando y consolando al Pontífice en su prisión, a pesar del trastorno continuo de su ser. Como consecuencia y repercusión del proceso contra Caifás, que la hundía en la ruina económica y la deshonra, Elisabeth había sufrido también un total desaliento en sus sueños de amor; pues comprendía que el joven desconocido, a quien amaba, no querría ya ser su esposo cuando conociera la situación de su padre. Habíase resignado a su papel de víctima, y procuraba olvidar al joven guerrero, cuyo recuerdo había consolado hasta entonces la soledad de su vida, fatalmente vinculada con dos viejos malvados que le dieron su sangre. Y he aquí que bruscamente, como una aparición, se presentaba ante ella el mismo joven, no ya bajo las humildes ropas con que lo viera en el barranco del Cedrón, sino con sus vestiduras de magnate y con la aureola del mando, frente a las tropas del rey. Qué contraste entre ella, obscura, pobre, deshonrada, y aquel gallardo militar que atraía las miradas de la multitud. ¡Qué guapo le pareció entonces! Cuán dichosa hubiera sido uniéndose su destino al de aquel hombre afortunado. Y mientras ella suspiraba ante la huida del amor que había pasado rozándola, al margen de su vida, con su poesía y su felicidad incomparables, el inmenso gentío se agitaba